

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 151 *Editorial*

MAYO-JUNIO DE 2011



**Sobre la *Correspondencia* (1915-1943)
de Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes**
James Valender

Respuestas rigurosas
a las preguntas de género
Gabriela Cano

La novela inacabada /
Le roman inachevé, 1956
Louis Aragon

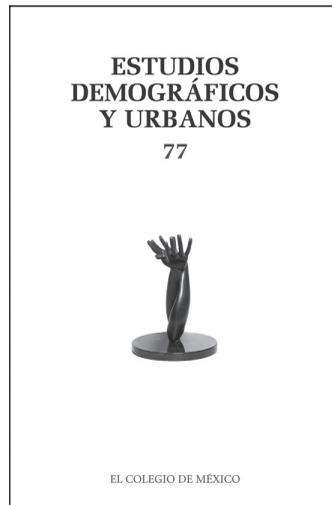
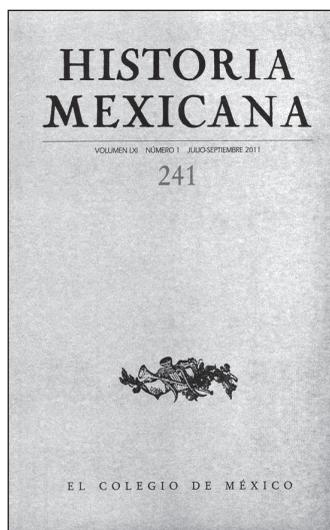
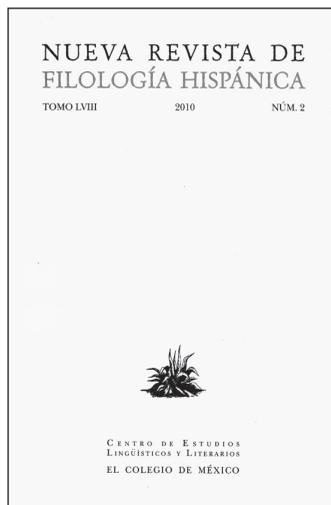
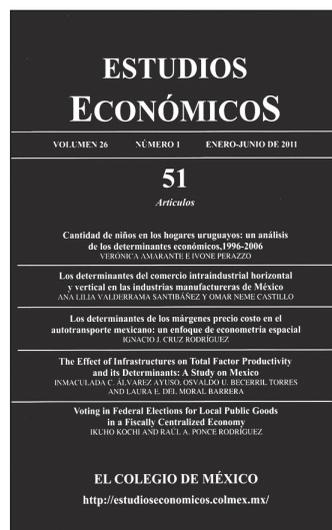
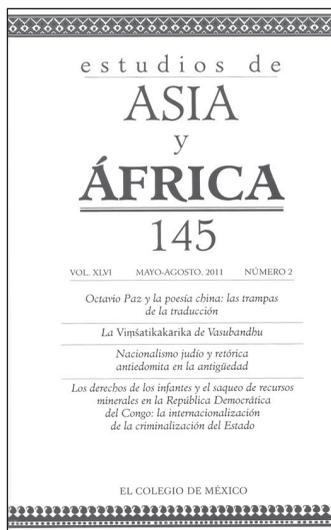
Un cabal libro de historia
para el gran público
Bernardo Ibarrola

Vívido fragmento
de la historia de la India
Martha Elena Venier

Tres dimensiones
del mercado
laboral mexicano
Santiago Levy

Epitalamios
John Donne

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Sobre la *Correspondencia* (1915-1943)
de Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes
■ *James Valender* ■ 3

Respuestas rigurosas
a las preguntas de género
■ *Gabriela Cano* ■ 13

La novela inacabada / Le roman inachevé, 1956
■ *Louis Aragon* ■ 16

Un cabal libro de historia
para el gran público
■ *Bernardo Ibarrola* ■ 18

Vívido fragmento de la historia de la India
■ *Martha Elena Venier* ■ 21

Tres dimensiones del mercado laboral mexicano
■ *Santiago Levy* ■ 23

Epitalamios
■ *John Donne* ■ 27

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTÁN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ALVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA ■ *Editor* JUAN PUIG
Coordinadora de promoción y ventas NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 151 MAYO-JUNIO DE 2011
Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.
Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO
ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



Enrique Díez-Canedo en México, *ca.* 1940.

Sobre la *Correspondencia* (1915-1943) de Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes*

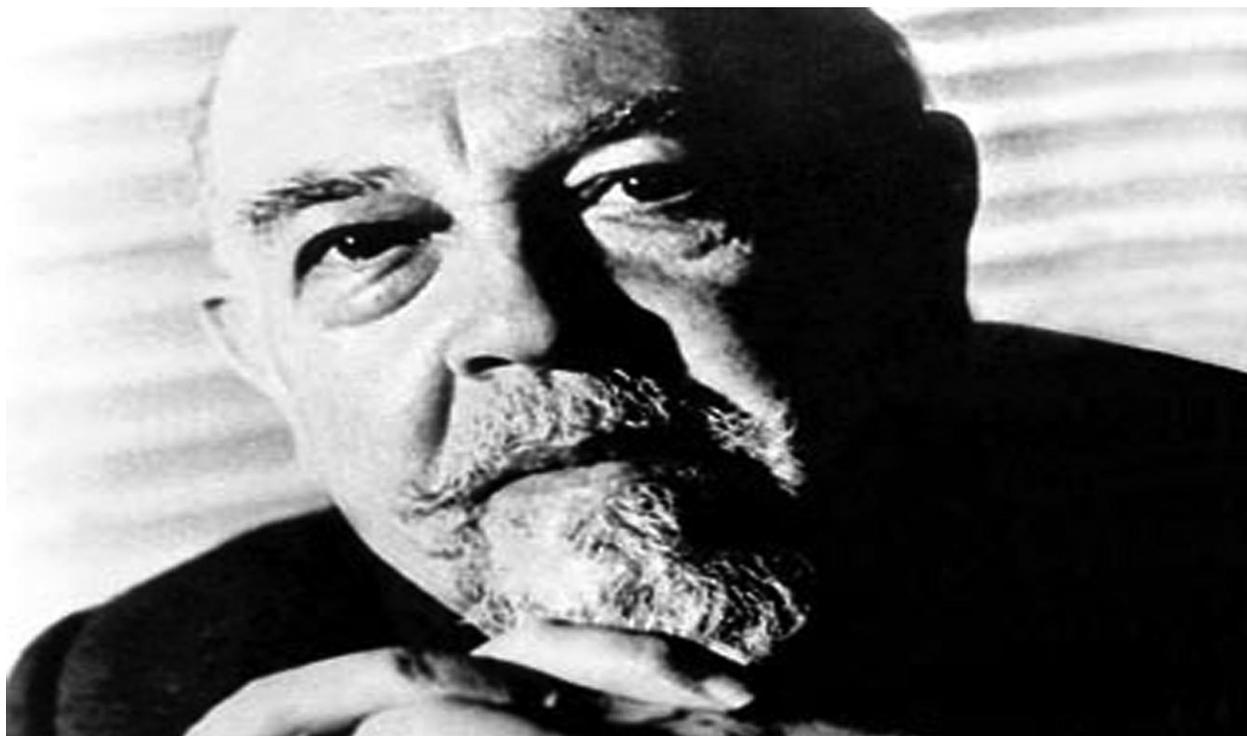
El libro que hoy se presenta une los nombres de dos grandes figuras literarias del siglo xx: el mexicano Alfonso Reyes y el español Enrique Díez-Canedo. Por fortuna son muchos ya los libros publicados en que se recoge la correspondencia de Reyes con tal o cual escritor. (En una hermosa selección de las cartas del regiomontano editada en 2009 bajo el título de *Cartas mexicanas. 1905-1959*, el antólogo, Adolfo Castañón, señala que el *corpus* consultado por él recoge cartas cruzadas con más de setenta corresponsales distintos, lo cual habla de la magnitud de la correspondencia que Reyes nos ha dejado, pero también del creciente atractivo que esta parte de su obra ejerce sobre los estudiosos, lo mismo que sobre el público en general.) Pero, una vez hecho este reconocimiento, me parece importante subrayar que el presente epistolario también ilumina la trayectoria de Enrique Díez-Canedo, un escritor insuficientemente recordado en su país, donde durante las tres primeras décadas del siglo xx contribuyó como pocos para que la vida cultural española se saliera de su provincianismo secular y entrara en diálogo con otras tradiciones literarias modernas. Por otra parte, conviene resaltar que el encuentro de Díez-Canedo con Reyes, lejos de ser un acontecimiento casual o pasajero, constituyó un hecho decisivo en la vida de ambos. En efecto, a lo largo de una amistad estrechísima que abarcaría tres décadas —desde que se conocieron en Madrid, en el otoño de 1914, hasta la muerte del español en México, en

* Texto leído en la Capilla Alfonsina, México, D.F., el 10 de febrero de 2011, con motivo de la presentación del libro *Correspondencia 1915-1943*, de Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes, ed. de Aurora Díez-Canedo Flores, México, UNAM/Fondo Editorial de Nuevo León, 2010, 299 pp.

junio de 1944—, don Enrique se convertiría (aún más que Juan Ramón Jiménez o José Moreno Villa) en el gran amigo español de Reyes, así como don Alfonso (más todavía que Enrique González Martínez o Martín Luis Guzmán) se convertiría en el gran amigo mexicano de Díez-Canedo.

¿Cómo fue que los dos escritores se conocieron? A Enrique Díez-Canedo se le recuerda en España —y en los últimos años se le recuerda con interés creciente— por su labor como crítico de teatro, por un lado, y como traductor literario, por otro.¹ Y, en efecto, en ambos campos ha dejado una obra fundamental, que ha influido de manera notoria en el sentido que cabe asignarle a la literatura escrita en España en las primeras décadas del siglo xx. Pero hay una tercera vertiente de su carrera que no hay que olvidar, sobre todo en el presente contexto: me refiero al hecho de que, junto con Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez, Díez-Canedo fue uno de los dos o tres españoles de su tiempo que verdaderamente se apasionaron por la

¹Entre otras publicaciones de los últimos años, cabe destacar las siguientes ediciones, reediciones y recopilaciones de la obra de Díez-Canedo: *Poesías*, ed. Andrés Trapiello, Granada, La Veleta, 2001; *Obra crítica*, ed. Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, 2004; *Juan Ramón Jiménez en su obra. Correspondencia Juan Ramón Jiménez-Enrique Díez-Canedo (1907-1944)*, ed. de Aurora Díez-Canedo Flores, México, El Colegio de México, 2007; *El teatro y sus enemigos. El teatro español de su tiempo (artículos de crítica teatral)*, ed. de Gregorio Torres Nebrera, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2008, y *Desde el exilio. Artículos y reseñas críticas (1939-1944)*, ed. de Marcelino Jiménez León, Sevilla, Renacimiento, 2010. Por otra parte, se anuncia la próxima publicación de la tesis de doctorado de Marcelino Jiménez León, *Enrique Díez-Canedo, crítico literario* (Universidad de Barcelona, 2001).



Alfonso Reyes, ca. 1950.

literatura hispanoamericana. Fue tan difundido su interés por dicha literatura y tan respetado su criterio, que casi no hubo poeta o ensayista hispanoamericano de principios del siglo que no le enviara su primer libro en busca de consejos, cuando no de una reseña en alguna revista española. La amistad que unió a Reyes con Díez-Canedo no se hubiera dado, sin duda, si no fuera por esta vocación hispanoamericanista del escritor español (una vocación, claro, que encontró eco en la pasión del mexicano por las cosas de España). Aunque es importante reiterar que si bien son intereses literarios los que los unen en un principio, con el tiempo fueron valores profundamente humanos los que terminaron por sellar la relación y volverla invulnerable ante el paso de los años.

La presente edición de la correspondencia cruzada entre los dos escritores —una edición impecable, preparada y prologada por la nieta de don Enrique, Aurora Díez-Canedo Flores— recoge un total de 122 cartas. Por desgracia, no se conservan las misivas que Reyes escribió durante los primeros quince años de la amistad (de 1914-1929). Por lo mismo, muchos de los temas tratados en estas primeras cartas tienden a girar alrededor de la carrera de su interlocutor, Díez-Canedo, si bien en las cartas de este último no es difícil entrever, o entreoír, las reacciones del escritor mexicano. Los asuntos tratados son sumamente variados e incluyen, por ejemplo: las relativas virtudes literarias de Baroja y Galdós (los

dos amigos, por lo visto, estaban de acuerdo en que don Benito era por mucho el mejor novelista); o la colección de Cuadernos Literarios lanzada por Díez-Canedo, Reyes y Moreno Villa entre 1924 y 1929 y donde obras de autores como Baroja, Azorín, Gómez de la Serna y Gerardo Diego, se publicarían al lado de *Algunos versos* de Díez-Canedo y de *Calendario* de Reyes; o el proyecto que Díez-Canedo anunció en 1926 de publicar dos antologías, una de la nueva poesía española, la otra de la poesía americana (ninguna de estas antologías llegó a publicarse, pero de haberse editado entonces, la suerte de varios poetas hispánicos seguramente hubiera sido muy distinta de la que fue). De manera más recurrente, las cartas también hablan del trabajo de Díez-Canedo como crítico teatral, que, pese a la devoción con que lo emprende, no parece haberle deparado, la mayoría de las veces, más que disgustos y decepciones. De hecho, si el teatro español de las primeras décadas del siglo xx encuentra en Díez-Canedo su comentarista más fiel, esta correspondencia parecería indicar que fue a costa de un sacrificio personal muy grande por parte del crítico, quien noche tras noche reseñaba obras que a menudo le parecían bastante regulares. “Yo quisiera escribirle diez líneas todos los días”, Díez-Canedo escribe por ejemplo a Reyes en enero de 1925; “pero los más no me queda tiempo ni para una. El teatro [en Madrid] está tan desatinado como fecundo; y se estrenan diez obras por semana” (p. 72).

Puesto que es imposible hurgar más a fondo en todos los temas mencionados en estas primeras cartas, propongo comentar dos de ellos muy brevemente. El primer asunto que quisiera resaltar es la obra de traducción realizada por ambos escritores. Los críticos ya han empezado a estudiar el importante papel desempeñado en este campo por Díez-Canedo, quien traducía no sólo del francés, del inglés y del italiano, sino además del catalán, el gallego y el portugués, lenguas peninsulares que también dominaba.² En cambio, la labor realizada por Reyes como traductor, que yo sepa, ha recibido hasta ahora muy escasa atención. En estas primeras cartas de Díez-Canedo escuchamos a los dos traductores comparar datos y experiencias, desde que en marzo de 1915 (fecha en que la correspondencia arranca) Reyes le pide información a su amigo sobre las traducciones que existen en castellano de *Os Lusíadas*: solicitud que recibe una larga y documentada respuesta de Díez-Canedo, quien incluso amplía su contestación para incluir también referencias a las versiones portuguesas de estudios sobre *Os Lusíadas* escritos en alemán (p. 60). En otro momento don Enrique comenta una traducción de Reyes que debe de constituir una verdadera rareza bibliográfica: su versión de un poema francés del siglo XII titulado “El castellano de Coucy” (p. 63). Siguiendo por este mismo camino, quisiera subrayar el interés de un comentario hecho por Díez-Canedo, no en una de sus cartas, sino en una nota publicada en la prensa madrileña en agosto de 1923 y que Aurora Díez-Canedo ha tenido el buen tino de incluir, junto con otros documentos de la época, en el sustancioso apéndice que completa el libro. La observación, inspirada en otro trabajo de Alfonso Reyes como traductor, es breve, pero encierra toda una teoría del arte de la traducción, una teoría que el escritor español ve perfectamente ejemplificada en el ejercicio realizado por su amigo:

Recientemente, un escritor a quien nos complacemos en considerar como nuestro, don Alfonso Reyes, ha hecho un experimento que no vacilamos en calificar de concluyente. En el segundo número de *La Pluma*, la nueva revista literaria, ha dado tres versiones de una difícil poesía de Mallarmé. La traducía primero en prosa literaria; daba después un arreglo rítmico, prescindiendo del consonante; aconsonantaba, por último, una trasposición que conserva en todo el ritmo y la forma originales. Y observábamos algo muy curioso: que la traducción, a medida que iba perdiendo literalidad por un lado, iba ganando carácter por otro. La última versión, la rimada, era la más *mallarmesca* de las tres. ¿Ha de proceder así todo traductor de poetas? Quizá pueda abreviar; pero el

²Véase, por ejemplo Miguel Gallego Roca, *Poesía importada. Traducción poética y renovación literaria en España 1909-1936* (Publicaciones de la Universidad de Almería, 1996), quien llega a decir de Díez-Canedo que es el escritor español que “establece el marco adecuado para una teoría de la traducción poética que va a ser compañera de la introducción de las vanguardias en España” (p. 57).

procedimiento seguirá siendo en lo fundamental ese mismo que el señor Reyes ha ilustrado de manera tan cumplida. Todo se reduce a saber lo que es posible sacrificar (p. 226).

En fin, para quienes crean que la traducción, lejos de ser un asunto marginal, cumple una función primordial en la vida de cualquier literatura nacional, estas cartas ofrecen datos y observaciones muy interesantes que les permitirán seguir más de cerca la carrera de los dos escritores como traductores.

Un segundo asunto que llama mucho la atención al leer estas primeras cartas es el papel que Díez-Canedo llevó a cabo como editor de la obra de Reyes. Por razones obvias, este papel cobró especial importancia en los meses (y años) que siguieron después de que Reyes, por fin, se marchara de Madrid para ocupar puestos diplomáticos, primero en París, en 1924, y luego en Buenos Aires, en 1927. Así, en 1926, por ejemplo, lo encontramos ocupándose con muchísimo esmero de los ensayos de Reyes recogidos en *Reloj del sol* (1926), mientras que, un año después, ya está dirigiendo la edición de sus *Estudios gongorinos* (1927), un libro que ha ayudado a colocar con la casa editora Calpe. “Le aseguro que no se me escapan más erratas que las que a mí se me escaparían en libro propio”, le jura a su amigo Reyes en algún momento (p. 109). Pero por algo que escribe en otra carta, seguramente de 1926, la eliminación de erratas era sólo un aspecto de su cuidadosísimo trabajo como editor:



Díez-Canedo, ca. 1942.

Las pruebas [*de Reloj de sol*] ahí van, en paquete aparte. Me las han enviado ajustadas; en realidad, como falta el regleteo de las últimas y una porción de detalles, pueden considerarse como galeradas. Yo, sin embargo, he querido que usted las viese ya, confrontando con ellas esa nota de observaciones, hechas al seguir la lectura. Insisto en que me parece un poco apretado el ajuste. Si se empezara cada trabajo en plana, ganaríamos anchuras y ello aumentaría a mi modo de ver, dos pliegos. Usted lo resolverá y en cuanto lo vea, devuélvame las pruebas a mí, no a la imprenta, y explíqueme lo que se le ocurra para que yo a mi vez me entienda con los de la Tip[ografía] Art[ística]. Le repito que el libro queda muy bien; sólo me parece más flojo un trabajo que señalo. Además, ese carácter de arca de recuerdos que tiene, mejor que otros hermanos suyos, me gusta sobremanera (pp. 91-92).

Ante esta devoción de Díez-Canedo como editor, no sorprende en absoluto descubrir que Reyes haya anunciado públicamente en 1926, en su famosa “Carta a dos amigos”, su decisión de confiar la edición póstuma de su obra, a Genaro Estrada, en el caso de que falleciese en América, y a Enrique Díez-Canedo, en el caso de que se muriera en Europa. Decisión que la muerte prematura de ambos amigos había de volver tristemente inoperante.

Cuando Reyes abandonó Madrid en 1924, Díez-Canedo pudo consolarse con visitas a París, adonde su



Reyes, embajador en Brasil, ca. 1940.

amigo mexicano fue enviado entonces como diplomático. Cuando hacia finales de 1926 corría el rumor de que Reyes pudiera ser trasladado a otra embajada, Díez-Canedo le comunicó a su amigo su fortísimo deseo de que el próximo destino del mexicano fuera nuevamente España. El párrafo en cuestión merece citarse, porque es divertido, pero también porque permite ver la estrechísima amistad que ya para entonces unía a los dos escritores:

Hágase otra vez madrileño, Alfonso, y no nos le lleven a México o a un país inexistente de Europa o de América. Además, ya no le espero yo solo. En casa el pequeño Joaquín salta a la idea de que va a venir Alfonso: es su amigo más fiel, con serlo mucho el grande. Los demás, y también una porción de amigos ya enterados, harían causa común con el arzobispo de Toledo contra el gobierno mexicano si supieran que no viene usted.

No le retengan las dulzuras de París. Madrid tiene todavía un otoño espléndido, un invierno muy aceptable, una primavera encantadora y un verano que no se pasa aquí; tiene calles rectilíneas, circulación cada vez más ordenada, casas con baño y calefacción, calles iluminadas con profusión, chicas guapas, vida literaria muy activa, ansia inútil de acontecimientos políticos, estrenos —¡ay de mí!— cada noche... y me tiene a mí ¡qué demonio! (p. 98).

Como se sabe, los vivos deseos de don Enrique resultaron vanos, porque su amigo fue enviado a uno de esos países “inexistentes” de América, concretamente a la República Argentina. Luego, en 1930, fue trasladado de nuevo al Brasil. Y fue desde Río de Janeiro de donde Reyes mandó la primera de las casi cuarenta cartas dirigidas a Díez-Canedo que se conservan. Parece que éste fue un momento muy difícil para el embajador mexicano, quien, perdiendo su jovialidad acostumbrada, se sumió de repente en una crisis personal muy grande. Arrastrado por esta melancolía, en agosto de 1931 le escribe a Díez-Canedo, por ejemplo, lo siguiente: “Acá, entre nos, le diré que mi tardanza [en enviar unos manuscritos a una nueva editorial española] no se debe sólo a la prudencia, sino también al disgusto creciente con que considero todos mis libros. Es una pena, Enrique, sentir que nos acercamos a esa isla del alma a la que tenemos que llegar, despojados de ilusiones y de entusiasmos. ¿Qué vendrá después? Para Pascal es muy fácil. Él dice: ¡arrojáte! Pero yo no puedo: no me resulta sincero. ¿Qué haré, Enrique?” (p. 126).

A este duro trance los estudiosos de Reyes le han dado diversas interpretaciones. Sin querer hurgar a fondo en el asunto, cabe señalar que, al leer estas cartas, salta a la vista cómo Reyes extrañaba un diálogo mucho más inmediato con los colegas. Así, en un esfuerzo por sobreponerse a esta situación, por facilitar el contacto con los demás, empezó a editar una revista unipersonal, la célebre *Monterrey*. Pero en su correspondencia con Díez-Canedo también resulta evidente que esta medida no fue suficiente para mitigar su aislamiento, su soledad. Víctima de una inseguridad



El joven Reyes en su despacho de Madrid, ca. 1915.

en sí mismo de la que, con toda probabilidad, no eran ajenas las críticas que entonces recibía de algunas figuras de la vida intelectual mexicana del momento, Reyes se puso a añorar el pasado; pero el pasado al que añoraba regresar no era el mundo de su niñez y primera juventud en Monterrey (como sería de esperarse), sino el mundo literario español que lo había recibido con tanto cariño y tanto respeto cuando llegó exiliado a Madrid en el verano de 1914. En carta del 15 de enero de 1932, acusando recibo del hermoso trabajo que Díez-Canedo acababa de publicar sobre su revista *Monterrey*, Reyes incluso llegó a confesar lo siguiente:

Debo decirle que lo he leído con tal emoción, por ser de Ud., que tuve que leerlo dos veces para darme cuenta. Manuela y mi hijo se han reído de mí al verme hecho un chico. Y singularmente me ha hecho saltar el corazón un verbo que usa Ud. por ahí al principio: el verbo ‘esperar’. Si es así, si mis amigos de Madrid todavía me esperan y quieren a su lado, ¿qué hace Dios que no manda un rayo oportuno, para que yo vuelva cuanto antes a mi España? Porque yo ando como perdido desde que salí de allá. Todo lo que me ha pasado se debe a la falta de España. Yo quiero volver, yo necesito volver, yo me quedé allá para siempre. Las luchas de Uds. son mis luchas; sus afanes son mis afanes. Y cuando vuelvo los ojos a mi tierra ¡la veo y la entiendo como un prolongamiento tan natural de España! Ir a España fue para mí entrar más en México, en la verdad fundamental, radical y eterna de México. Los dos amores se me confunden, y nada podrá separarlos. —Pero yo no necesito decirle a Ud. estas cosas: Ud. me conoce bien (p. 129).

La cita es larga, pero creo que resulta reveladora del grado en que la experiencia madrileña había llegado a sentar las bases de la personalidad tanto humana como profesional de Alfonso Reyes. Desde luego, no es nada casual el que esta insólita y conmovedora confesión termine con un reconocimiento explícito de la importancia que la amistad de don Enrique ha revestido para el mexicano desde el día mismo de su primer encuentro en Madrid: “Desde el día, ya lejano, en que Ángel Zárraga tuvo la feliz inspiración de ‘dejar-me encargado’ en manos de Ud., en Madrid, no he tenido tiempo de decirle lo mucho que me conforta el haberlo encontrado a Ud. en mi vida, Déjeme por una vez decirle estas cosas sentimentales. También uno tiene su corazoncito, qué diablo!” (p. 129).

En el periodo que va desde 1930 hasta el inicio de la Guerra Civil española en julio de 1936, la correspondencia versa sobre la obra literaria de los dos escritores, pero con creciente frecuencia sobre la labor diplomática que ahora comparten. Porque, en efecto, desde enero de 1933 hasta agosto de 1934 Díez-Canedo ocupa el puesto de embajador de España en el Uruguay, un trabajo nuevo que, por lo visto, le da muchos dolores de cabeza, dejándole a cambio muy poco tiempo para dedicarse a lo suyo. “Tengo demasiados actos que presidir”, le escribe a Reyes en abril de 1933, “demasiados banquetes que aceptar, demasiados discursos que pronunciar: hasta ahora, la salud y el humor no me fallan. Hasta he empezado a escribir alguna cosa. ¿Haré algún día mi *Monterrey*? Leo el suyo, aun los de



Reyes recién establecido de vuelta en México, ca. 1939.

puro dato como el último, con gusto y provecho. Pienso que no tendré nunca un *Monterrey* propio: *Badajoz* sería horrible. Gracias por esos libros y recortes que de cuando en cuando me llegan de sus manos” (p. 138). Reyes le propone que entre los dos editen unos cuadernos, “de salida irregular y arbitraria”, que propone titular *Poética americana* (p. 141); pero por desgracia las circunstancias no permiten que esta propuesta pase de ser un vago proyecto.

Díez-Canedo dejó la Embajada de España en Montevideo en el verano de 1934. Al instalarse de nuevo en Madrid, se incorporó a sus trabajos anteriores, si bien asumió también, como responsabilidad nueva, la dirección de *Tierra firme*, una importante publicación del Centro de Estudios Históricos dedicada a los estudios hispanoamericanos. Con todo, percibió que, en el ámbito político, su país había cambiado muchísimo, y para peor, durante su ausencia. En una carta enviada a Reyes en febrero de 1935, resumió el triste panorama con gran agudeza: “La política va hoy por tales rumbos, que no puede llegar sino a algo muy violento, más que eso tan torpe, tan absurdo y tan sin preparación que hubo en octubre. Todo lo que usted se imagine, de entrega a los enemigos de la República, de inmoralidad, etc., es poco. Si hubiera un hombre sin enemigos en el ejército, como lo era en sus días Primo de Rivera, la primera salida sería clara; ahora puede que se intente algo por el estilo, con simpatías en las alturas, pero ¿cuál será el resultado?” (p. 155).

El resultado, como sabemos, fueron tres años de sangrienta Guerra Civil. Durante este lapso, los dos escritores volvieron a unirse, esta vez en Buenos Aires, adonde fueron enviados como embajadores de sus respectivos países: Díez-Canedo, en mayo de 1936; Reyes, poco tiempo después. De estos meses en que convivieron en la capital argentina se conserva muy poca correspondencia, sin duda porque los dos diplomáticos se visitaban frecuentemente, obviando así la necesidad de dialogar por escrito, tal y como parece confirmar por otra parte el diario inédito de Reyes, del que Aurora Díez-Canedo, por cierto, saca excelente provecho a la hora de documentar este periodo. Por lo visto, fue un tiempo muy difícil para los dos, pero sobre todo para el embajador español, quien tenía que tratar no sólo con una colonia española muy devota (en general) a la causa de Franco, sino también con un gobierno argentino abiertamente hostil al gobierno de la República española que Díez-Canedo representaba. La situación empeoró de tal manera que en febrero de 1937 éste se vio obligado, por fin, a regresar a España. Según nos señala Aurora Díez-Canedo, el comentario de Manuel Azaña, presidente del gobierno español, al enterarse de la vuelta de don Enrique a España, fue el siguiente: “De los embajadores ‘políticos’ que yo nombré, sólo uno, al cesar de su cargo, ha venido a Valencia a saludar al Presidente de la República y ponerse a las órdenes del gobierno: Díez-Canedo” (p. 50).

Durante los siguientes meses de la guerra los dos amigos retomaron la conversación por carta. Resultan

interesantes los comentarios que hizo Díez-Canedo sobre el famoso Congreso Internacional de Escritores Antifascistas que se celebró en Valencia y en Madrid en el verano de 1937, y que fue motivo para que saludara y tratara a delegados de Hispanoamérica como Carlos Pellicer, Raúl González Tuñón y Pablo Neruda. Por otra parte, también llama la atención el interés de Alfonso Reyes por colaborar en las revistas literarias que entonces se editaban en España, como *Hora de España y Madrid*, esta última dirigida por el propio Díez-Canedo. Si el nombre de Reyes finalmente no figuró en ellas, evidentemente no fue porque el escritor mexicano no quisiera, ya que incluso envió a don Enrique su *Cantata en la tumba de Federico García Lorca* con el propósito de que apareciera en una de estas publicaciones, “cuya pulcritud e interés”, según escribió a Díez-Canedo, “verdaderamente me asombran en las actuales momentos. Es realmente conmovedor el esfuerzo de los que mantienen la continuidad espiritual en medio de las tormentas” (p. 168).

La Guerra Civil terminó para Díez-Canedo cuando, en el otoño de 1938, recibió la invitación a refugiarse en México como miembro de la flamante Casa de España en México, institución regida entonces por Cosío Villegas, pero de la que muy pronto sería nombrado presidente su gran amigo Alfonso Reyes. El autor de *Visión de Anáhuac* regresó a México hacia fines de 1938, contento de poder seguir sirviendo a su país en un puesto que al mismo tiempo le permitía colaborar de una manera muy estrecha en los esfuerzos del gobierno mexicano destinados a dar asilo a esos mismos amigos españoles que tanto le habían ayudado en Madrid unos veinticinco años antes. En cuanto a Enrique Díez-Canedo, el forzoso exilio tuvo, cuando menos, el atractivo de permitirle conocer a fondo un país por el cual ya sentía un afecto muy profundo. Un afecto que había ido creciendo con los años, gracias a sus lecturas de los autores mexicanos, tanto los clásicos como los modernos, pero también y sobre todo gracias a su trato continuo con escritores de la talla de Alfonso Reyes. Por otra parte, esta no era la primera vez que recorriera las calles del Distrito Federal. Ya en septiembre de 1932 había hecho una primera visita. Invitado por el Instituto Hispanoamericano de Intercambio Universitario, dio varias conferencias sobre pintura española, tanto en el Paraninfo de la Universidad Nacional como en el Anfiteatro Simón Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria. En una entrevista publicada entonces y rescatada del olvido por Aurora Díez-Canedo, además de subrayar la “amistad entrañable, verdaderamente de hermano” (p. 44), que lo unía con Alfonso Reyes, don Enrique también dejó muy clara la admiración que sentía por México y su cultura. En su correspondencia con Reyes vemos asimismo su interés por conocer en persona a los principales representantes de la vida intelectual mexicana,



Reyes hacia 1955.

si bien también se percibe el recelo que el español sentía ante “ese nacionalismo estrecho, causa de tantos males” (p. 134), que encontraba, por ejemplo, en Héctor Pérez Martínez, uno de los principales contrincantes de Reyes en la famosa polémica de 1932 sobre la cultura nacional.

Enrique Díez-Canedo llegó a México como exiliado en octubre de 1938. En una tarjeta postal enviada desde Río de Janeiro, Reyes le extendió un afectuoso saludo: “¡Bienvenidos! / Pronto iré, para que continuemos nuestros trabajos interrumpidos. / Saludos. Abrazos. Felicidad!” (p. 180). Dos meses más tarde, al anunciar su propio regreso a México, Reyes le mandó una carta a su amigo con un desiderátum muy parecido, si bien en esta ocasión también aprovechó la ocasión para subrayar el círculo completo que parecía haber recorrido la rueda de la fortuna en la vida de ambos desde el día en que el propio Reyes fuera acogido por Díez-Canedo en Madrid: “¡Ojalá que México sea para Ud. siquiera la mitad de lo que para mí ha sido España! / No he de tardar ya mucho en volver. Prepare sus brazos para recibir al amigo que más lo quiere...” (p. 181). Y así llegamos al último capítulo en la historia de esta amistad. Un capítulo que debe marcar un final feliz, ya que la historia termina, en efecto, con la reunión en México de los dos amigos. Sin embargo, las cosas no resultaron tan fáciles, ni para Reyes ni para Díez-Canedo.

A su vuelta a México, le esperaba a Reyes esa mezcla de alegría y prevención que suele experimentar todo exiliado al regresar a su país a vivir después de un largo

periodo de destierro: el gozo de ver caras y lugares conocidos, y verlos como realidad tangible, y no ya tan sólo como imágenes celosamente guardadas en la memoria; pero al mismo tiempo el reconocimiento de que nada, en realidad, sigue como antes, a no ser por la presencia en acecho de esas mismas fuerzas enemigas que alguna vez lo han condenado al exilio. En más de un momento, Reyes confiesa que se siente como un peregrino en su propia patria, lo cual a su vez profundiza, si cabe, su identificación con la suerte de los republicanos españoles refugiados en México. Durante los primeros años cuarenta, Reyes escribió nuevos libros importantes, entre ellos *La crítica en la Edad Ateniense* (1941), *La experiencia literaria* (1942) y *El deslinde* (1944). Pero si logró todo esto, fue sólo a raíz de un esfuerzo sobrehumano, ya que su puesto como presidente, primero de La Casa de España en México, y luego, a partir de 1941, de El Colegio de México, supuso una labor burocrática inmensa, que le dejaba muy poco tiempo para su propia obra.

Díez-Canedo, por su parte, llegó a México no sólo cansado por la guerra, sino también enfermo del corazón. El padecimiento se iría agudizando con el paso del tiempo, y causaría su muerte, por fin, en junio de 1944. Durante los seis años que vivió en México tuvo el gran consuelo de contar con la amistad de Reyes, pero de un Reyes que ahora estaba más abrumado que nunca por el peso de sus responsabilidades profesionales. A todo ello se agregaba también el hecho de que don Enrique no pudo descansar, como su problema de salud sin duda aconsejaba; al contrario,



Reyes, cuando anudó la amistad con Díez-Canedo, ca. 1915.

tuvo que trabajar más que nunca para sostener a la numerosa familia que se había refugiado con él en la capital mexicana. Pero, aunque difícil, fue este un periodo muy fructífero en la vida de Díez-Canedo, pues colaboró en periódicos como *El Nacional* y *Excelsior*, en revistas como *Letras de México*, *Taller*, *Romance*, *Revista de Literatura Mexicana*, *El Hijo Pródigo*, *Revista de Filosofía y Letras*, *América* y *Cuadernos Americanos*, y también publicó cuatro libros, *El teatro y sus enemigos* (1939), *Las cien mejores poesías de la lengua española* (1940), *La nueva poesía* (1941) y *Juan Ramón Jiménez en su obra* (1944), y también dejó en prensa otro más, su volumen *Letras de América*, aparecido poco después de su muerte en 1944.

Encontramos entonces que, pese a las difíciles circunstancias en que se hallaban, durante esta última etapa de su amistad los dos escritores produjeron obras literarias importantes. Pero es una ironía más de la historia que en su correspondencia no queda casi huella alguna de esta actividad. De hecho, las únicas cartas cruzadas entre Alfonso Reyes y Enrique Díez-Canedo durante estos años tienen un carácter puramente burocrático. Son cartas en que Reyes se ve obligado por las circunstancias a dirigirse a Díez-Canedo, ya no como su amigo, sino como su director, para proponerle, por ejemplo, programas de trabajo verdaderamente extenuantes. Dada la crisis política (y por ende, financiera) por la que pasaba La Casa de España poco después de convertirse en El Colegio de México, Reyes incluso se vio obligado, en febrero de 1942, a comunicarle a su amigo que su contrato había sido rescindido. Si bien uno puede imaginar el trabajo que le habrá costado al mexicano escribir y firmar esta carta de despido, también llama la atención la gran dignidad con que en el mismo mes de febrero de 1942 su amigo español le respondió:

Mi querido amigo: Enterado del contenido de su carta de fecha 16 del actual, he de manifestarle, desde luego, que estoy en todo conforme con la decisión tomada por esa Junta de Gobierno en lo referente a mi colaboración en las tareas del Colegio. No me queda sino dar las gracias a ustedes por las atenciones que han tenido conmigo en estos años tan difíciles, y asegurarles que en cualquier tiempo y en cualquier forma pueden contar conmigo, sin condición alguna. / Le ruego que haga saber a los Señores de la Junta de Gobierno, que no han tenido para mí más que generosidades y bondades, mis sentimientos constantes de gratitud (p. 194).

No cabe duda de que durante estos años de convivencia mexicana, los dos amigos se visitaban con frecuencia y que, como en el caso de los meses en que estuvieron juntos en Buenos Aires, esta cercanía hacía innecesario que se escribiesen por carta. El hecho de que no había menguado en absoluto la amistad entre los dos con



Reyes hacia el final de su vida, *ca.* 1958.

el paso de los años es algo que queda demostrado por las reseñas con que el uno celebraba la publicación de un libro del otro. Estas reseñas, llenas de afecto mutuo y de sabiduría compartida, se reproducen íntegras en el apéndice que cierra la edición de este libro y mitigan en cierta medida la ausencia de cartas personales escritas durante el mismo lapso. Pero lo que constituye el testimonio más conmovedor de la perennidad de esta amistad es, desde luego, el texto que Reyes escribe con motivo de la muerte de su amigo en junio de 1944. El coloquio interior con Díez-Canedo, sostenido a lo largo de tantos años, está tan arraigado ya en la conciencia del mexicano que, incluso a la hora de escribir esta nota luctuosa, Reyes lo tiene presente, viendo cómo el amigo lo mira, risueño, desde el otro lado, aconsejándole mesura, sencillez y serenidad, ahora como siempre. Porque, más que la inteligencia y la erudición del escritor, son, finalmente, las virtudes del hombre las que le importan a Reyes resaltar al despedirse de su amigo. Su último párrafo es un todo un monumento al amigo y a la amistad:

Enrique Díez-Canedo, que nunca incomodó a nadie con un acto o una palabra; que nunca reclamó lo mucho que le debíamos; que ni siquiera dejó ver el hondo duelo por su España; que igualó su vida al diapasón de aquella su

vocecita suave, suavemente se nos fue una tarde de junio, sin extremos ni teatralidad, conservando hasta el tránsito aquel arte del trato humano que era el eco de su poesía; como si pidiera perdón por empujar la puerta secreta y cuidara de no despertar un solo chirrido. Era uno de los hombres más sabios y más buenos de nuestra época (p. 257).

En resumen, me parece que estamos ante un epistolario de gran valor histórico, que ayuda a documentar aspectos fundamentales de la vida de los dos escritores, al mismo tiempo que nos brinda un capítulo fascinante en la historia de las relaciones literarias entre España y México. Especialistas en la obra de Reyes celebrarán sin duda la edición de una amplia selección de cartas muy reveladoras del propio Reyes, varias de ellas merecedoras de figurar hasta en las más estrictas selecciones de su correspondencia; pero confío que tanto los reyistas como el público en general aprovecharán la oportunidad que este volumen nos proporciona de acercarnos también a la vida de uno de los escritores más interesantes de la España de aquellos mismos años. Sólo me queda felicitar a Aurora Díez-Canedo, quien ha preparado una edición que, por su rigor y su escrupulosidad, constituye en sí todo un homenaje a la amistad que se dio entre estos dos grandes escritores. 



Díez-Canedo y Reyes de día de campo en el Desierto de los Leones, *ca.* 1942.

Respuestas rigurosas a las preguntas de género

Ana María Tepichin, Karine Tinat y Luz Elena Gutiérrez de Velazco, *Relaciones de género*, México, El Colegio de México, 2010 (Los Grandes Problemas de México, VIII).

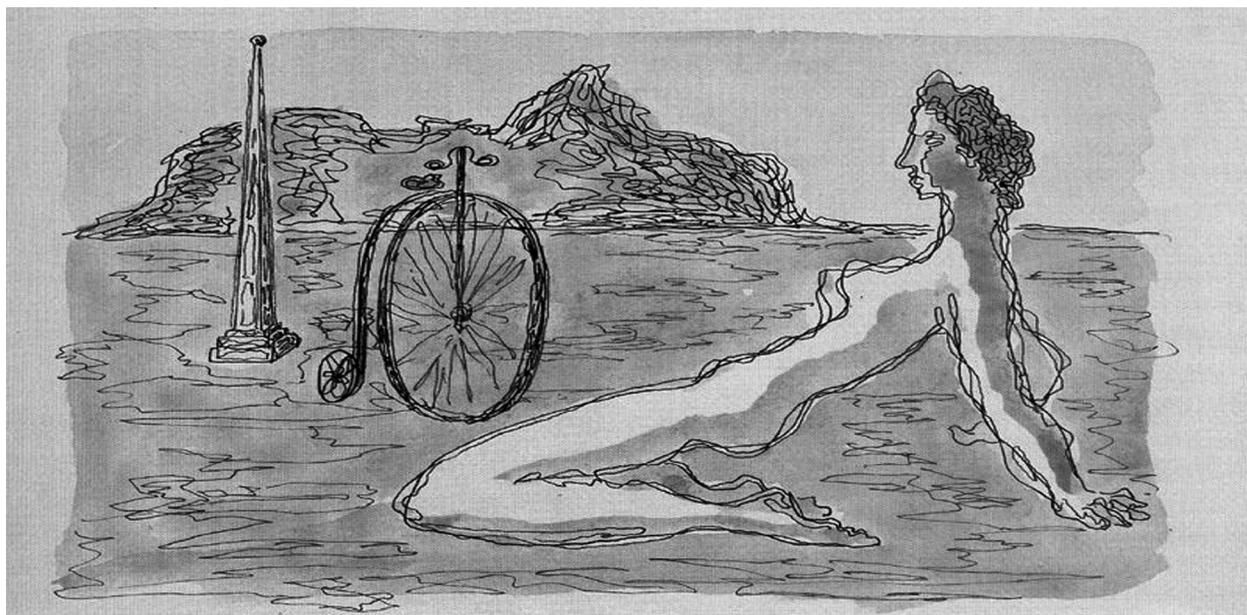
El libro *Relaciones de género*, volumen número 8 de la serie *Los grandes problemas de México*, forma parte de las publicaciones que se prepararon especialmente para conmemorar el setenta aniversario de El Colegio de México. La inclusión de un volumen dedicado a investigaciones sobre los significados culturales y los efectos sociales del género en una colección de libros, que será referencia necesaria y marcará pautas en las ciencias sociales y humanidades, es indicativa del alto grado de madurez y de la buena aceptación que ha adquirido la investigación sobre temáticas de género en nuestro medio académico, particularmente, en El Colegio de México.

Cuando yo cursaba los estudios universitarios en la década de los ochenta del siglo pasado, los casos de investigación sobre lo que hoy conocemos como procesos sociales y culturales de género, y que entonces se le llamaba simplemente sexismo, se contaban con los dedos de las manos. La mayor parte de los trabajos, salvo honrosas excepciones, eran estudios generalmente superficiales que confundían la denuncia con la reflexión y el análisis. No obstante, su propuesta era innovadora y fue un antecedente necesario para llegar a donde estamos ahora.

Desde aquel entonces, el pensamiento feminista se ha complejizado y gracias a los aportes de varias generaciones de académicas, la investigación sobre el género se ha convertido en un campo de conocimiento definido y se-

rio, dispuesto a someterse a los rigores disciplinarios, pero al mismo tiempo dúctil y abierto a las intervenciones desde las distintas disciplinas sociales y humanísticas de la sociología y la antropología, a la crítica cultural y a la historia y el psicoanálisis, y se ha vinculado con el pensamiento feminista en sus diferentes vertientes. Coordinado por Ana María Tepichin, Karine Tinat y Luzelena Gutiérrez de Velazco, el libro que nos ocupa es una muestra sobresaliente de la investigación sobre género y, para mí, es motivo de una gran satisfacción el hecho de que este libro se incluya en una serie bibliográfica propensa a convertirse en canónica en el terreno de las ciencias sociales y las humanidades.

La obra se compone de doce capítulos, escritos por investigadoras e investigadores de El Colegio de México y de otras instituciones académicas, que abordan un repertorio de temas muy diverso: las políticas públicas dirigidas a mujeres, la violencia de género, los efectos específicos de la violencia y los estereotipos de género en las mujeres portadoras de VIH, el aborto como un tema de debate público, la ciudadanía de las mujeres indígenas que participan en movimientos sociales, las organizaciones de hombres que trabajan con agrupaciones feministas y cuestionan estereotipos vigentes de masculinidad, el movimiento lésbico-gay, las representaciones de género en los discursos imperiales y colonialistas y de identidad nacional, y los trastornos alimenticios que afectan en primer lugar a las mujeres, especialmente la anorexia. En el ámbito de la creación artística y cultural, se aborda la narrativa escrita por mujeres, el trabajo de las directoras de cine y el performance artístico. Los temas enunciados se agrupan en tres apartados que estructuran la obra: “Entornos de poder”, “Territorios corporales” y “Caminos de la cultura”. Dicho



José Moreno Villa, "Mujer y velocípedo", 1927.

agrupamiento temático obedece al criterio de las coordinadoras de la edición, pero las separaciones entre las partes del libro de ninguna manera son tajantes, ya que los temas tratados en los distintos apartados se relacionan transversalmente entre sí. A manera de ejemplo, menciono que los capítulos de Ana María Tepichin "Política pública, mujeres y género" y de Marta Torres Falcón, "Cultura patriarcal y violencia de género", ubicados en el apartado sobre el poder, establecen diálogo constante con los capítulos de Alicia Márquez Murrieta, "Aborto y derechos reproductivos: leyes y debates" y de Víctor Manuel Ortiz Aguirre, "Biopoder: sida y VIH-olencia hacia las mujeres" y aun con el de Mariana Rodríguez Sosa, "Mujeres que hacen performance: acciones transformadoras". La obra puede leerse ya sea en el orden propuesto en la tabla de contenidos, pero la lectura de los distintos capítulos también puede hacerse siguiendo los intereses e inclinaciones personales de cada lectora o como lo dicten las conexiones entre los capítulos que cada quien irá descubriendo.

A pesar de ser distintos en su contenido temático, en su inscripción disciplinaria, en sus estrategias metodológicas y aun en la manera como utilizan el género como herramienta de análisis, los capítulos de este libro comparten el proyecto intelectual de desnaturalizar el género, es decir, cada uno a su manera desarticula presupuestos, sean implícitos o explícitos, que definen identidades femeninas y masculinas y asignaciones sociales, estilos o modos de ser socioculturalmente contruidos de la feminidad y la masculinidad. Sería imposible mencionar en estas páginas todas las contribuciones al proyecto desnaturalizador del género contenidos en la obra. Men-

ciono a manera de ejemplo solamente algunas de las intervenciones en este sentido: la de Karine Tinat respecto al mandato de la delgadez como un requisito de la belleza femenina que está presente en las distintas capas de la sociedad, en todas las edades y tanto en los ámbitos rurales como urbanos; la de Ishita Banerjee sobre cómo los discursos de género moldearon proyectos imperiales y coloniales y que enfatiza la manera en que las mujeres funcionan como depositarias de la diferencia y la tradición cultural y símbolos del honor nacional en la India y México. O la de Víctor Manuel Ortiz sobre el estigma de la sexualidad transgresora que pesa sobre mujeres migrantes que contraen VIH, por no hablar del análisis de Juan Guillermo Figueroa sobre la masculinidad.

Como suele ocurrir con las obras colectivas, confieso que algunas partes del libro me interesaron más que otras; sin embargo, en vez de centrar mi atención en los dos o tres capítulos que más me entusiasmaron, por ser afines a mis intereses intelectuales y a mi postura frente a la investigación de género, decidí referirme, así fuera de manera muy breve, a la obra completa porque he aprendido mucho de todos y cada uno de sus autores.

Para terminar quiero destacar que varios de los capítulos ofrecen provechosas síntesis sobre los procesos de cambio ocurridos en los últimos treinta o cuarenta años, periodo en el que el género fue ganando terreno como herramienta de análisis social y de acción política. Las tres contribuciones del apartado sobre cultura sobresalen entre dichas síntesis: Luzelena Gutiérrez de Velazco ofrece un apretado pero muy útil recorrido por la narrativa escrita por mujeres en los últimos treinta años, periodo en el que las escritoras han participado de las

transformaciones que ha vivido la literatura mexicana en cuanto a temáticas, utilización de estrategias literarias, búsqueda y establecimiento de modelos y nuevas voces que representan mundos de ficción. El capítulo de Graciela Martínez Zalce que nos explica que sólo desde finales de los ochenta, cuando se establecieron las escuelas profesionales, las mujeres comenzaron a participar ampliamente en la industria cinematográfica y lo hicieron en general desde un punto de vista de mujeres, describiendo universos propios y, más tarde, los mundos más amplios de su entorno social y regional. Quizás la transformación más significativa fue que pasaron de ser objetos de deseo para convertirse en personajes deseantes. Por su parte, Mariana Rodríguez Sosa nos ofrece un logrado panorama sobre el desenvolvimiento del performance feminista que en los ochenta utilizó los cuerpos de las artistas como vehículo de expresión para criticar al sexismo y, en fechas recientes, vio surgir una nueva generación de artistas dispuestas a infligirse dolor corporal para criticar los discursos de género que legitiman la injusticia y la discriminación hacia las mujeres.

También ofrecen síntesis de procesos de transformación ocurridos en las tres o cuatro últimas décadas los capítulos, ubicados en el apartado de política, de Ana María Tepichin y Marta Torres. El primero de estos capítulos explica cómo el género ha pasado a formar parte de la corriente central de la política pública, superando tanto la marginalización de las oficinas gubernamentales de la mujer como la invisibilidad de las mujeres como sujetos de políticas públicas. A su vez, el segundo de los capítulos destaca cómo la violencia de género ha pasado



José Moreno Villa, "Amantes (Adán y Eva)", 1927.

de ser preocupación de grupos feministas y activistas de los derechos humanos a ocupar un lugar central en las agendas de los gobiernos, las campañas de proselitismo político y las preocupaciones de organismos internacionales, al tiempo que ha dejado de definirse como un asunto privado para considerarse un asunto de derechos humanos y salud pública.

Cabe destacar que ambas autoras reconocen avances, pero también límites en los campos que cada una estudia. Así, Tepichin menciona entre los obstáculos la persistencia de un modelo de familia donde la responsabilidad de las labores domésticas y del cuidado y la crianza sigue recayendo sobre las mujeres, y Torres, por su parte, señala el arraigo de patrones socioculturales, la desigualdad económica y la recurrencia de imágenes degradantes entre los elementos que siguen alimentando la violencia de género. A su vez, Gisela Espinosa resume la formación de un movimiento de mujeres indígenas, activo en diversas regiones del país, y que enarbola un discurso de sus derechos como mujeres y como indígenas al tiempo que defiende sus derechos frente a las instituciones del Estado y a sus comunidades. Por su parte, Jordi Díez hace un recuento de cómo el movimiento lésbico-gay pasó de sostener un discurso liberacionista, enfocado a eliminar la estigmatización de la homosexualidad, para adecuarse al discurso liberal de los derechos humanos que fue capaz de incorporar el concepto de diversidad sexual. El capítulo de Díez se ocupa centralmente del movimiento político pero su relato incluye menciones a manifestaciones culturales, lo que enriquece su perspectiva.

El libro ofrece, pues, una visión actualizada y sintética de temas centrales en la investigación de género. Sólo tengo un reparo que hacer y se trata de una observación menor: ¿por qué darle el título de *Relaciones de género* a una obra de alcances mayores que trata de discursos, representaciones, poderes, políticas y jerarquías de género y de las tensiones a que unos y otros se encuentran sometidos en la sociedad mexicana? La frase *Relaciones de género*, o mejor dicho, relaciones sociales de género se puede considerar políticamente correcta desde algunos puntos de vista de la sociología, pero me parece que no representa adecuadamente la riqueza de las doce investigaciones reunidas por Tepichin, Tinat y Gutiérrez de Velazco. Desde luego, mi reserva frente al título no me impide aconsejar la lectura y consulta constante de esta obra y recomendarla ampliamente y, con gran entusiasmo, porque creo que será útil tanto a estudiantes y personas que se acerquen por primera vez a estas temáticas, como a especialistas que quieran actualizarse en las respuestas que la investigación rigurosa ofrece a múltiples y muy significativas preguntas de género. 



José Moreno Villa, "Mujer con niño", 1929.

La novela inacabada / Le roman inachevé, 1956

On a beau changer d'horizon
Le coeur garde ses désaccords
Des gens des gens des gens encore
De toute cette déraison
Il n'est resté que les décors

Elle amenait à la maison
Des paltoquets et des pécores
Je feignais lire l'Inprekor
Comme un jour fuit une saison
Il n'est resté que les décors

On a beau changer de poison
Tous les breuvages s'édulcorent
Toutes les larmes s'évaporent
Des fièvres et des guérisons
Il n'est resté que les décors

On a beau changer de prison
On traîne son âme et son corps
Les mois passent marquant le score
De tant d'atroces trahisons
Il n'est resté que les décors

Le coeur ce pain que nous brisons
Que les sansonnets le picorent
J'aurais dû partir j'avais tort
Aux lueurs des derniers tisons
Il n'est resté que les décors

Aunque se cambie de horizonte
El corazón conserva la discordia
Gente, gente aún más gente
De toda esta equivocación
Sólo los decorados quedaron

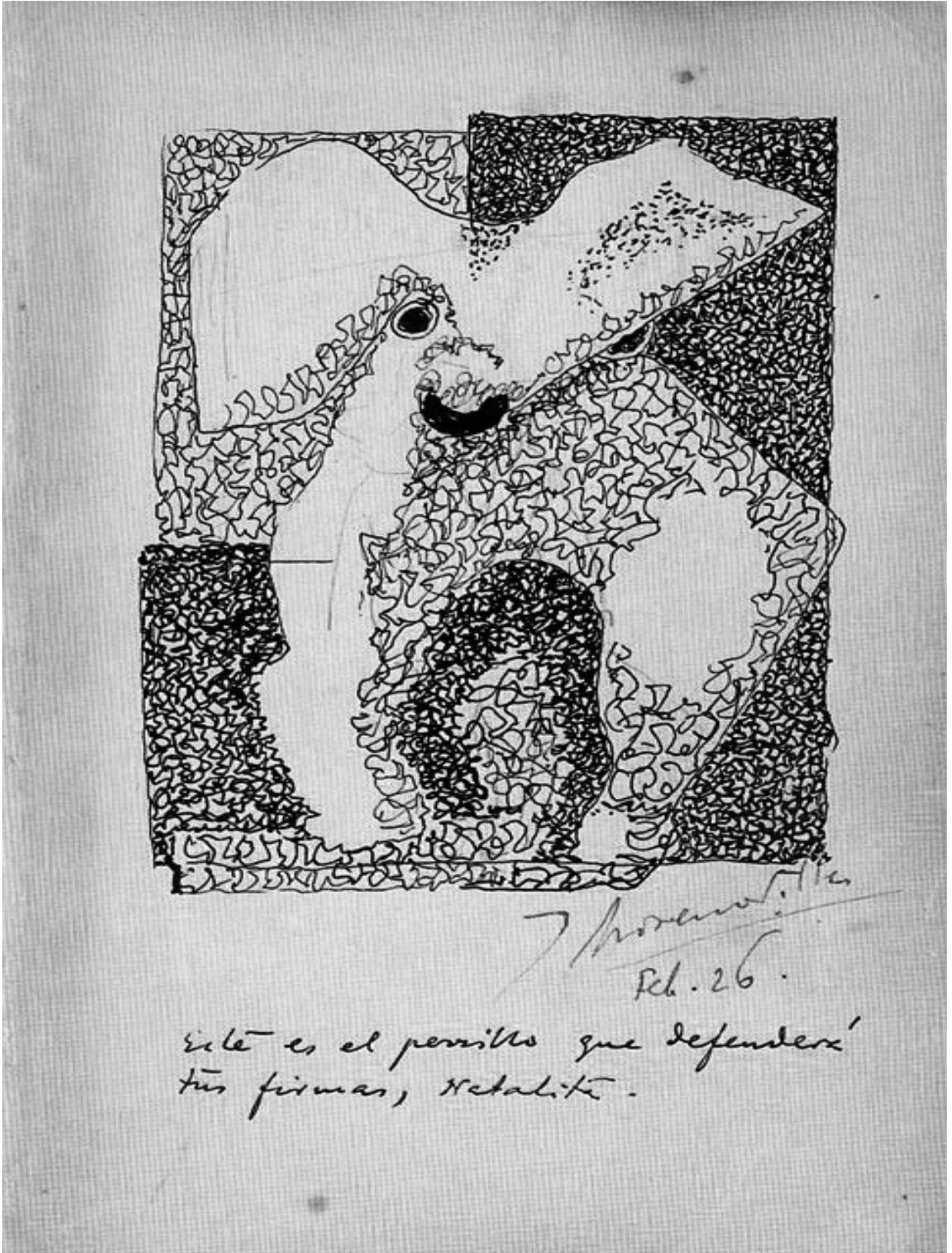
Ella llevaba a la morada
A pretenciosos y tontos
Yo fingía leer el periódico
Como un día muda una temporada
Sólo los decorados quedaron

Aunque se cambie de veneno
Todos los brebajes se endulzan
Todas las lágrimas se evaporan
De las fiebres y sanaciones
Sólo los decorados quedaron

Aunque se cambie de prisión
Arrastramos el alma y el cuerpo
Los meses pasan marcando el tiempo
De tantas traiciones atroces
Sólo los decorados quedaron

El corazón, ese pan que partimos
Que picotean los estorninos
Debí marcharme estaba equivocado
En las ascuas de los últimos tizones
Sólo los decorados quedaron

Trad. Abraham Arzola Ordóñez 



José Moreno Villa, "Perrillo", 1926.

Un cabal libro de historia para el gran público

Josefina Mac Gregor, *Belisario Domínguez / Moral y ética, impronta de vida*, México, Lectorum, 2010, 154 pp., ilus.

“Es un librito de difusión”, afirmó Josefina Mac Gregor, su autora, la primera vez que supe de él. “¿Qué habrá querido decir con eso?”, me dije entonces, pero no le pregunté nada porque parecía que esa descripción explicaba suficientemente. “¿Se trata en realidad de un librito de difusión?”, me volví a preguntar cuando fui invitado a presentar el libro en público. Y sí: luego de ojearlo, releerlo y rayarlo a mis anchas, comparto la conclusión general de su autora, aunque no el prefijo diminutivo: *Belisario Domínguez / Moral y ética, impronta de vida*, es un libro, no un librito, de difusión.

La palabra “difusión” tendría que bastar entre historiadores, como primera clasificación para un libro. Cuando los historiadores escriben manuscritos que luego de convertirse en libros como parte de su ejercicio profesional deben –o deberían– tener claro si se trata de un texto “de difusión”, como éste del que nos ocupamos aquí, o bien de un texto “de investigación”. Si es “de investigación”, entonces su trabajo consiste en examinar las explicaciones corrientes de los otros libros y artículos de historia sobre un tema determinado y en elaborar, luego de un complejo proceso de investigación, nuevas explicaciones, para que se discutan, propaguen y, de ser posible, se impongan, a fin de que otros investigadores las examinen en el futuro y se sirvan de éstas para emprender nuevas investigaciones, y así sucesivamente.

Si, en cambio, se trata de un libro de difusión, entonces el historiador debería partir del objetivo de mos-

trar al público amplio estas explicaciones respecto de algún tema del pasado. De la especificidad del público amplio al que va dirigido dependerá el tipo de escritura que el historiador deba aplicar: un lenguaje claro, sencillo y preciso –según el nivel– además de sujetarse a un programa pedagógico, si se trata de textos destinados al público escolar; y atractivo, divertido y hasta gozoso, si el texto busca a los lectores que, sin estar obligados, suelen comprar libros motivados por su curiosidad y gana de saber y comprender. No sobra señalar que, en última instancia, el objetivo final de toda producción historiográfica es dotar a este “público amplio” de discursos y explicaciones sobre su pasado, para que acudan a éste cuando les haga falta.

La diferencia entre los libros de historia “de difusión” y los “de investigación”, entonces, está dada por los lectores a quienes van dirigidos. Los de investigación están concebidos para los profesionales de la historia, particularmente para los integrantes del ámbito académico; los de difusión, para todos (jóvenes y adultos –aparte de los libros de difusión de la historia que específicamente se escriben para los niños).

Pero hasta ahí llegan –o deberían llegar– las diferencias entre un tipo de libro de historia y otro. Sólo la última de las operaciones de elaboración de historia escrita –la de exposición o presentación– supone una disyuntiva respecto de este objetivo: las demás operaciones que se realizan antes, las de investigación, crítica e interpretación, deben abordarse con el mismo rigor, conocimiento y escrúpulo. Por la forma en que está escrita, la biografía de Belisario Domínguez de Josefina Mac Gregor es un trabajo de difusión. Por la forma en que su autora realizó todas las otras operaciones para elaborarlo, es simplemente, un libro de historia.

Comencemos por el principio, es decir, por las fuentes. (Por el principio de la investigación, hay que aclarar, porque antes de las fuentes está el conocimiento de las explicaciones y relatos escritos del pasado —o sea de la historiografía—, junto con la personal insatisfacción respecto de éstos y la capacidad de imaginar para suponer que los relatos y las explicaciones podrían ser diferentes, mejores.) Mac Gregor pasa revista prácticamente a todo cuanto se puede revisar para aprender cosas sobre la vida de Domínguez: desde lo obvio, es decir los apuntes biográficos ya existentes, hasta los textos en los que el médico comiteco (o “don Belisario” como lo suele llamar su biógrafa) abrevó para elaborar su interpretación del mundo: Kant, Pascal, Hume, Tomás de Aquino y, sobre todo, Samuel Smiles, pasando por el examen de los fondos documentales necesarios, tanto en la ciudad de México como en la tierra natal de Domínguez en Chiapas.

Además, Mac Gregor fue a confirmar en la hemeroteca todo lo que hizo falta, y pudo manejar provechosamente la enorme cantidad de información obtenida —mucho de ésta de consecuencias insospechadas, como veremos más adelante— gracias a su conocimiento vastísimo de la historiografía y las fuentes de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX mexicanos. La soltura y agudeza con la que maneja los papeles parlamentarios sólo se logra luego de una larguísima experiencia profesional y muchas, muchas horas de paciente lectura, sistemática y alerta: con la guía de Josefina Mac Gregor, esta operación, técnicamente muy compleja, parece facilitarse.

Sin fuentes, sin los rastros que dejaron las personas durante su paso por este mundo, no hay historiografía, es evidente, aunque más de un aficionado o diletante de la historia pretenda soslayarlo. Las fuentes son necesarias, pero no suficientes. Una vez obtenidas, hay que someterlas a dos operaciones distintas pero obligatoriamente sucesivas: hay que criticarlas y hay que interpretarlas. La puesta en práctica de estos términos, de estos verbos, generalmente reservados a las aulas de formación profesional de historiadores, suponen en realidad, la posibilidad de escribir una historia nueva, diferente, mejor, en cualquier momento, independientemente del hallazgo de fuentes nuevas. Nadie, hasta donde sé, había explicado con la precisión necesaria lo ocurrido en la Cámara de Senadores durante los últimos días de vida de don Belisario, y nadie lo había hecho porque nadie había podido desarrollar las operaciones de crítica necesarias para, como dice la autora, “... aclarar los hechos, hasta donde esto es posible, con la documentación existente...” Las páginas* 123 a 127 de su libro son, al

*Josefina Mac Gregor, *Belisario Domínguez / Moral y ética, impronta de vida*, México, Lectorum, 2010, p. 123.



José Moreno Villa, “Enrique Díez-Canedo”, 1924.

respecto, ejemplares, además de tan apasionantes y divertidas como las de los buenos relatos de investigación policial o forense: el lector es conducido con honestidad y respeto por el autor y, al final, aquél comprende, por él mismo, lo que hasta entonces había sido un misterio.

Se critica para interpretar y se interpreta para explicar. Si un libro no encadena estas tres operaciones, no se trata de un libro de historia, por más que pueda tratarse de un libro divertido y hasta de un buen libro. *Moral y ética, impronta de vida*, la biografía del senador Domínguez, investiga, critica e interpreta para ofrecer una sólida e inteligentísima explicación; ésta es, sin duda, su prenda más valiosa: una biografía es —o debería ser— el estudio de la intersección entre la vida de una persona y el mundo en el que vive: lo que el mundo le hace a las personas; la forma en que las personas, a veces, inciden en ese mundo. Para poder realizar cabalmente este ejercicio de comprensión, a partir de una explicación en permanente doble sentido, es indispensable tener una idea acabada, compleja y bien informada de ese mundo y hacerse de una interpretación lo más aguda y verosímil posible del personaje en cuestión, una comprensión lo más profunda posible del biografiado.

A lo largo de las brevísimas 154 páginas de su libro, Josefina Mac Gregor se explica, sucesiva y oportunamente, el México de la segunda mitad del siglo XIX, el Porfiriato, la geografía y economía chiapanecas, y la extraordinariamente injusta sociedad y su barroca y frondista vida política de finales de aquella centuria y principios

del siglo xx. Se plantea, también, la caída del régimen, el inicio de la Revolución –el maderismo– que en Chiapas fue copado por la centenaria rivalidad entre regiones, el golpe militar de febrero de 1913 y, sobre todo, la forma de proceder del gobierno encabezado por Victoriano Huerta.

Todo esto con una economía de palabras y una claridad explicativa ejemplares, de manera complementaria y en interacción permanente con la vida de Belisario Domínguez. Con el Belisario Domínguez “de carne y hueso” que nos ofrece la autora en la introducción de su libro (y se arriesga a utilizar esa expresión no porque pretenda exponer públicamente las carnes y los huesos del biografiado, ni chismosear sobre los aspectos privados e íntimos de su vida, que sólo deben ser objeto de la atención de los historiadores cuando explican rasgos fundamentales del personaje y su conducta trascendentes en lo social o muestran, por excepcionales o representativos, la forma en que se solía vivir al tiempo y en el lugar donde aquél lo hizo: “de carne y hueso” por oposición a “de mármol” o “de bronce”, una persona cuyos actos, a pesar de su extraordinaria complejidad, son explicables y, al conferirles una explicación, pueda también explicarse mejor la forma en la que esos actos repercutieron en las vidas de sus coetáneos. Belisario Domínguez, el nombre de una calle, el título de una de las condecoraciones más distinguidas del Estado mexicano, una anécdota de resonancias mitológicas, como sugiere García Naranjo, una estatua, pues...

Pero no: el Belisario Domínguez de Josefina Mac Gregor, ése, está vivísimo, su vida es muy compleja y su famosa anécdota, en realidad, es producto de una actitud, impronta de su vida –esto queda claro gracias al extraordinario trabajo de comprensión de Mac Gregor respecto de la lógica que animaba a su personaje– y sirve para explicar un momento crucial. Belisario Domínguez, un producto típico del comercio comiteco, casado con su prima, un cosmopolita que, literalmente, “no cambia París por su aldea”. Belisario Domínguez, coherente a pesar de las contradicciones aparentes, que obtiene primero un título de médico en París que un acta de nacimiento en su tierra y que escribe inflamados libelos contra la fiesta brava. Belisario Domínguez, casi un apóstol, haciendo camastros para moribundos y, casi un hombre de guerra del siglo xix, estructurando el dispositivo de defensa de su región contra el embate de coletos y chamulas. Belisario Domínguez, el innato fajador político que desnuda las intenciones de su enemigo emplazándolo a un duelo que en realidad es un desafío a jugarse mutuamente la vida en un volado. Belisario Domínguez, en fin, el senador suplente (acaso contra su voluntad) que se integra a última hora a uno de los cuerpos legislativos más notables de la historia de Méxi-

co –la xxvi Legislatura, sobre la que Josefina Mac Gregor es autoridad absoluta– y, sin deberla ni temerla, enfrenta el poder de Victoriano Huerta por la sencillísima razón, explicada correctamente por primera vez y en este libro, de tomarse en serio el cargo de Senador de la República Mexicana, por hacer lo que él creía que un senador de la República Mexicana debe hacer. Nada más. Ni menos.

En otra parte, Josefina Mac Gregor transcribió una reveladora afirmación sobre Huerta realizada por uno de sus secretarios de Gobernación: “Todos los políticos le caben al general Huerta en el hueco de una muela.” Y, de alguna manera, la frase es cierta: los políticos que derrotaron a Huerta lo hicieron con los recursos de la guerra, no con los de la política. Belisario Domínguez, en cambio, pudo haberlo derrotado con los instrumentos convencionales de la política, y por eso Huerta ordenó que lo asesinaran. Momento crucial, el del golpe de Estado de principios de octubre de 1913, que Josefina Mac Gregor explica y en el que se ven, además de los conocidísimos alcances del pragmatismo político, del que Huerta es ejemplo extremo, los insospechados alcances del idealismo político –el ejercicio de la política a partir de principios, a partir de lo que debe ser– cuando quien practica el idealismo es alguien como Belisario Domínguez en el lugar y el momento precisos.

Belisario Domínguez de carne y hueso, pues. El personaje y su tiempo narrado y explicado por una historiadora profesional que consigue ese magnífico resultado gracias al desempeño escrupuloso de las operaciones propias de su oficio, y *con más razón* cuando escribe para el público amplio, el respetable. Así, como este libro, debe ser la historiografía de difusión: tan compleja en su explicación como el más elaborado de los libros para académicos, aunque presentado con la corrección, gusto y galanura que los públicos amplios demandan. Y merecen.

Ojalá que la biografía de don Belisario, que evidencia la capacidad de su autora para presentar a públicos amplios investigaciones complejas y su disposición intelectual para explicar los tiempos a través de las personas, sea el anuncio de otra biografía, una nueva, a mi juicio ya urgente: la nueva biografía de Francisco I. Madero, fruto de una investigación, en realidad comenzada hace ya mucho tiempo, que podría desembocar en un libro de alta especialización para académicos y una réplica de difusión, pero de verdadera difusión, para todo el mundo, como este libro que presentamos ahora.

Aunque ésas son mis ilusiones y, espero, materia del futuro. En nuestro presente está este trabajo que ya podemos disfrutar: *Belisario Domínguez / Moral y ética, impronta de vida*, un espléndido libro de historia, de Josefina Mac Gregor, mi admirada y querida maestra: sencillamente, una historiadora cabal. 

Vívido fragmento de la historia de la India

David N. Lorenzen, *El flagelo de la Misión / Marco della Tomba en Indostán*, México, El Colegio de México, 2010, 223 pp.

Brunetto Latini, en su *Tesoretto*, enciclopedia de todo lo conocido hasta el siglo trece, dice en el espacio destinado a la distribución de la tierra, que el mundo se componía de Europa, Asia y África; la terra incognita que aún no se sumaba no importaba mucho, no tanto por desconocida, cuanto porque ese fragmento de occidente quedaría de manera inevitable unido a Europa, que depositó en ella sus criterios, religión, modos de vida y cambió para siempre su faz antropológica.

Pero el orientalismo, tema que inauguró Eduardo Said y expuso de manera amplia y convincente, convirtió el resto de las culturas del mundo conocido desde antiguo en sucursales de las ambiciones y conquistas europeas. Amín Maalouf, también preocupado por la identidad de los pueblos, sus culturas y religiones, analiza el envés de ese problema y afirma sin que le quepan dudas que el letargo de oriente abrió ruta a la civilización europea —primero con el cristianismo y luego con su técnica, su modernidad— no bien consolidada la conquista de América. La cruzada del cristianismo se desparramó en oriente creando productos híbridos que no terminaron de prender o, en el mejor de los casos, prendieron a medias, porque el sustrato sigue sosteniendo la cultura y la modernidad se orienta al sincretismo.

Observando los mapas que ilustran este libro, en la vasta zona del Indostán, la misión se ve arrinconada hacia el oriente, poco territorio en el enorme espacio de la India, que franceses e ingleses procuraban dominar. Los posibles conversos se encontraban entre situaciones que no ofre-

cían disyuntivas, porque lo que ocurría escapaba de su control: lo que eran, lo que les ofrecía la catequesis, los franceses que retrocedían, los ingleses que conquistaban.

En el largo periodo de acomodo del mundo, que comienza con la llegada de los iberos a América, el que pudo dejó su testimonio personal a modo de crónica de sus hechos o de los observados en los demás. Ya avanzado el siglo dieciocho, Marco della Tomba dejó la suya, como testigo de “la destrucción de los gobiernos indios independientes en Bengala y Bihar, del surgimiento del imperio colonial británico en India, del caos y saqueo”. En esa transición, el monje capuchino que da título al libro “durante los largos y peligrosos viajes de Europa a India, las guerras constantes de las décadas de 1750 y 1760, la hambruna de 1769-1770, sus ataques de fiebre y disentería, y los peligros ocasionados por torbellinos, bandidos, ascetas guerreros, tigres, o logró sobrevivir e incluso prosperó”.

Marco terminó como “flagelo de la misión”, en ese entorno matizado de ambiciones, actitudes poco monásticas y menos aun religiosas; según se desprende de su relato, la jerarquía eclesiástica lo calificó así, porque procuraba, contracorriente, asegurar la vida de una misión, que al parecer no tuvo mucho éxito en la tarea de convertir. Y no es de extrañar; más de una vez en la narración Marco alude a ataques, huidas, a viajes largos, peligrosos, a la escasez de misioneros. Sólo en la fantasía de sus críticos cabía la idea de que en medio de ese mundo revuelto podría tener éxito la catequesis y la conversión.

En el capítulo quince Marco observa el pueblo y las costumbres que debía transformar y por doquier ve, dice, “supersticiones enormes y deshonestas. Varias veces me acerqué a corregirlos y dije aquella gente que hacía mal, pero me sorprendió mucho ver que no querían escucharme. Al contrario, se mofaban de mí y empezaban a reír”. Y con

esta realidad en manos, el fraile decidió, sensato, comenzar por dentro, estudiando la lengua y la religión de sus posibles futuros conversos, que completó la traducción de varios libros. Su criterio no era universal, porque observa, “es prejuicio grandísimo pensar que con un discurso natural uno podrá convencer a los hindúes basándose sólo en haber oído decir que ellos no tienen suficientes razones para sostener su religión. Yo mismo no pude evitar este prejuicio hasta que vi la imposibilidad de las cosas. Todos los misioneros lo experimentan, pero pocos se darán cuenta hasta que sea demasiado tarde”. Y para el que quiera instrucción básica sobre el Ramayana, Della Tomba lo sintetiza quitando sus alegorías complejas y eludiendo metáforas. Es particular en estos informes sobre la religión de los indios el tono desapasionado, su estilo directo, sin juicios o prejuicios.

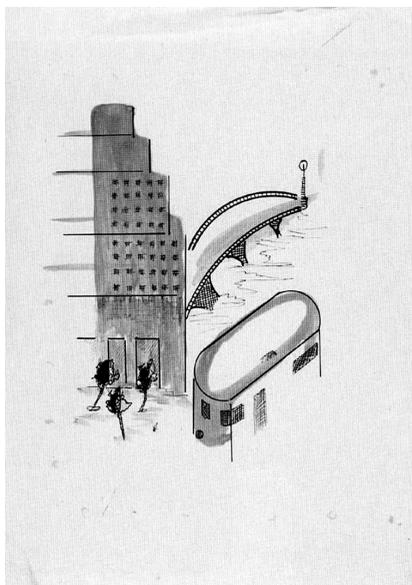
Además, la instrucción del fraile en la religión de sus huéspedes tiene incursiones peculiares en herencias griegas y persas. Ahí está Zoroastro con la difusión de la astronomía, un Platón misterioso, que viajaba por estas tierras en la misma época, de quien los indios “tomaron la transmigración de Pitágoras o de otros egipcios”, y Alejandro Magno. Cerca de Bettiah, había dos columnas misteriosas con inscripciones que nadie podía descifrar, según la tradición construidas por el conquistador y se comenta que tuvo relación amistosa con Didame brahmán de Benarés, quien le escribió una carta, a todas luces apócrifa, aquí transcrita (pp. 46-51), en la que el sabio indio analiza las diferencias entre sus culturas —la paz de unos, la agresión de otros: “Oh Alejandro, no te ofendas si con nuestro autorretrato corrijó el tuyo. ¿Qué subversión no has metido en el universo? ¡Y esto tanto por codicia como por ambición! ¿Cuántos

asesinatos por tus manos? ¿O por tus órdenes?... Corres impetuosamente hacia donde el sol sube como si desearas agarrarlo con tus manos...”

Esa vida de peregrinaje, con los ingleses alterando planes o disposiciones, tenía su lado burocrático oscuro y de partido, algo bastante común, al parecer, porque Della Tomba observa que el prefecto, en cierta situación escabrosa, cuyo protagonista era un tal Giuseppe da San Marcello, “una espina clavada en la misión”, según lo describe, “apoyó al bando equivocado, como era de esperar”. Vale la pena detenerse en el capítulo 19, relato minucioso de un juicio a las transgresiones de esa espina, y la narración detallada de en qué podía incurrir un fraile cuando la misión servía más como botín que medio de conversión.

En el capítulo último se expone la razón de que Marco haya recibido el calificativo de flagelo de la misión, fraile nada digno, según su detractor, de la tarea que se le había encomendado. Un defensor de Marco califica el destino al que fue sometido como “abuso de las armas eclesiásticas”, y podría haber ido más lejos porque su afirmación no basta para describir esa sucesión de rencores no resueltos, más mundanos que piadosos, alimentados por la difamación gratuita, que borraba con gesto autoritario y airado decenios de vida.

Característica particular del libro es el estilo escogido por el autor para que la biografía del capuchino se conserve en primer plano. En varios capítulos, Lorenzen asume el personaje, habla por medio de Marco della Tomba, lo que convierte esta meticulosa investigación, si prescindimos del dato puntual en lugares y fechas, nombres, en una especie de crónica novelada, un fragmento de la historia de la India narrada por un italiano consciente y atento a su entorno. 



José Moreno Villa, “Paisaje urbano”, 1927.

Tres dimensiones del mercado laboral mexicano

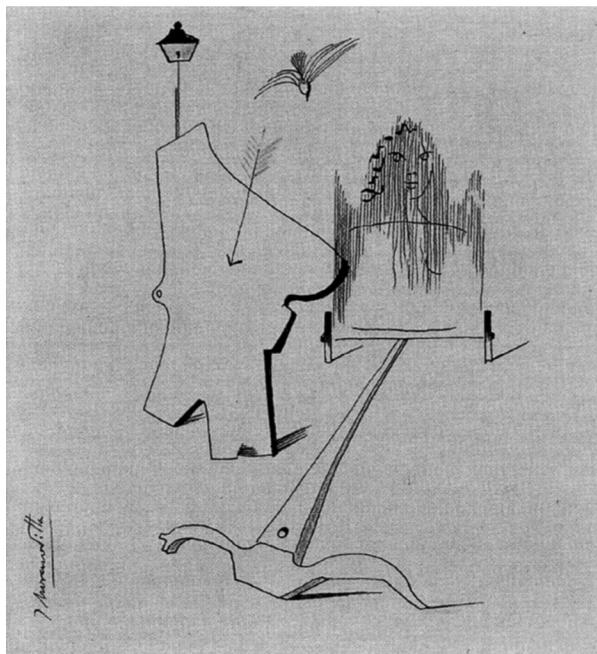
Ángel Calderón-Madrid, *Re-Employment Dynamics of the Unemployed in Mexico*, pról. James J. Heckman, México, El Colegio de México, 2010, 109 pp.

Este libro combina tres características: técnicas econométricas de primer nivel, un conocimiento profundo de los datos y de las encuestas, y ambas cosas con preguntas muy relevantes. Eso es poco común. Para los interesados en el desarrollo en México y en las interrogantes de políticas públicas, y particularmente en el funcionamiento del mercado laboral, que me parece la cuestión de mayor trascendencia para este país –el porqué nuestro mercado de trabajo funciona tan mal–, el libro propone un método de análisis y ofrece conclusiones nuevas y de primer orden. Entender los males que aquejan el mercado laboral mexicano es actualmente lo que más importa; no son las cuestiones macroeconómicas, no son las preguntas sobre el tipo de cambio o la tasa de interés: eso fue oportuno hace diez, quince años, y en gran medida lo hemos resuelto. Pero queda por responder, y por solucionar, porqué el mercado laboral mexicano, como dije, funciona tan mal. Es una cuestión crítica, muy grave, y los dos ensayos de este libro contribuyen en mucho a explicarla y comprenderla, porque están técnicamente bien elaborados, porque han hecho acopio de muchos y buenos datos, e igualmente porque formulan preguntas muy importantes y oportunas.

Casi todos los que trabajamos en el problema del mercado laboral hacemos algo así como fotografías, cosa bidimensional; Ángel Calderón-Madrid presenta en este libro, puede decirse, películas, con una importante

dimensión adicional. Presenta un análisis muy dinámico de lo que está pasando, sigue a las personas en el tiempo, observa y consigna los cambios en el estatus de la gente, ya sea de desempleo, de trabajo formal, informal, ya sea que se capacite fuera de la fuerza de trabajo o dentro de ella (también en lo formal o informal), lo mismo si se reinserta o si dura desempleada o subempleada. Así, la “película” de lo que está pasando proporciona una información mucho más rica: como acaba de decir el autor, una tasa de desempleo de 5% puede referirse a personas que están pasando por episodios de desempleo, de informalidad, de formalidad y, en general, de precariedad, una gran precariedad. Ellas y sus familias.

Muchos países de América Latina tienen programas de capacitación laboral e invierten montos importantes de su producto interno bruto (PIB) en programas de nuevo adiestramiento de la fuerza de trabajo, de capacitación laboral, de mejoramiento de las habilidades de los trabajadores para que consigan un trabajo de mayor calidad, más productivo y mejor remunerado. Hay una bibliografía vasta sobre la evaluación de esos programas y en ella generalmente se formulan dos preguntas: ¿alguien que participó en un programa de capacitación laboral encontró empleo más rápidamente en la fuerza de trabajo que antes de capacitarse?, y ¿consiguió un salario más alto? Con esos estudios se busca discernir si los recursos públicos destinados a los programas de capacitación y nueva capacitación laboral están bien orientados. El autor de este libro señala que se puede dar una respuesta equivocada, desde el punto de vista de

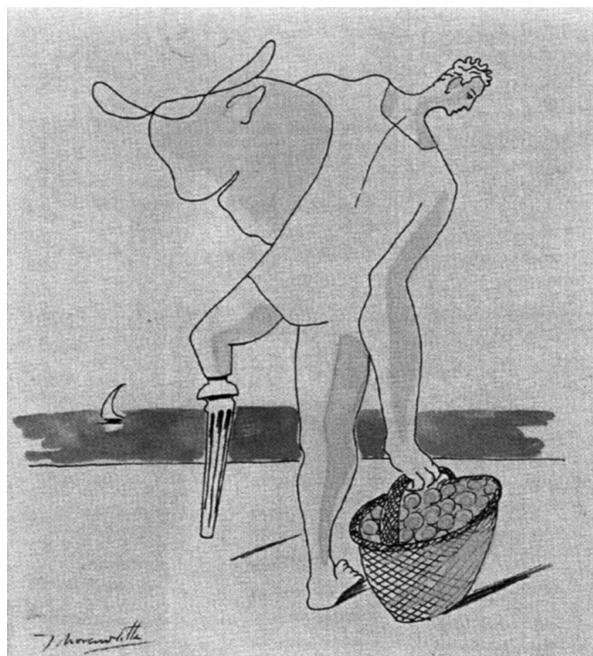


J.M.V., "Dibujo 4", 1932.

las políticas públicas, a esas preguntas, porque una cuestión igualmente interesante para este tipo de programas consiste no solamente en si el trabajador recién capacitado consiguió un empleo más rápidamente o lo consiguió con un salario más alto, sino también si duró más tiempo en su empleo nuevo. Esta pregunta, tan importante, tan necesaria, es la primera vez que la veo formulada y considerada en un estudio del tema.

En el programa Probecat, que este libro evalúa, se han invertido muchos recursos públicos, y luego lo evaluó el Banco Mundial, aunque se le hicieron las primeras dos preguntas, no la tercera, y la calificación no resultó tan favorable. Pero si se fija uno en la tercera dimensión, la temporal, se advierten datos que pueden revertir la evaluación costo-beneficio de ese programa de capacitación laboral, y lo que se encuentra en este libro es que, en efecto, los programas de este tipo han sido muy favorables cuando se toma en cuenta la duración del trabajador recién capacitado en su empleo nuevo. Huelga decir que el tema es relevante no sólo para México.

Hay, en la bibliografía sobre programas de capacitación laboral, una pregunta adicional que también el libro de Ángel Calderón-Madrid contribuye a responder. Son varias las modalidades en este tipo de programas: si le vamos a dar a un trabajador una capacitación laboral, ¿le ofrecemos una escuela técnica?, ¿un Cebeti, un Cecati, un Centro de Bachillerato Técnico?, ¿le proponemos una empresa para que se le brinde capacitación in situ (lo que la jerga de la



J.M.V., "Hombre con cesta y cabeza de toro", 1932.

especialidad, y el segundo ensayo, llaman school-based training versus enterprise based training)?, en cuyo caso importa mucho saber si se erogarán diez mil millones de pesos en programas de Probecat, o bien si esos recursos públicos se destinarán más útilmente a la capacitación en las empresas, o en los Conalep, los Cebeti, los Cecati. En el ensayo segundo de este libro, la respuesta es compleja, porque ve más de una dimensión al mismo tiempo: considera la dimensión regional y también la dimensión de género, y entonces tenemos resultados que varían por ambos conceptos. Se trata de una matriz tridimensional: una dimensión se da si la capacitación está basada en la escuela, o en la empresa, otra dimensión si el trabajador es hombre o es mujer, y otra más si los datos por considerar se refieren a sucesos del sur, el norte o el centro del país.

Los resultados que está generando este método, este enfoque y sus reflexiones, son de la mayor utilidad para el ámbito Ejecutivo, y lo son mucho también para los miembros del Congreso. Qué mejor que disponer de información amplia, detallada, fidedigna, integrada, coherente, sobre si los esfuerzos públicos de capacitación laboral están redituando buenos frutos.

La propuesta del libro es que el Probecat funciona bien. Lo que hay que entender es ahora porqué funciona bien y cómo podría funcionar mejor.

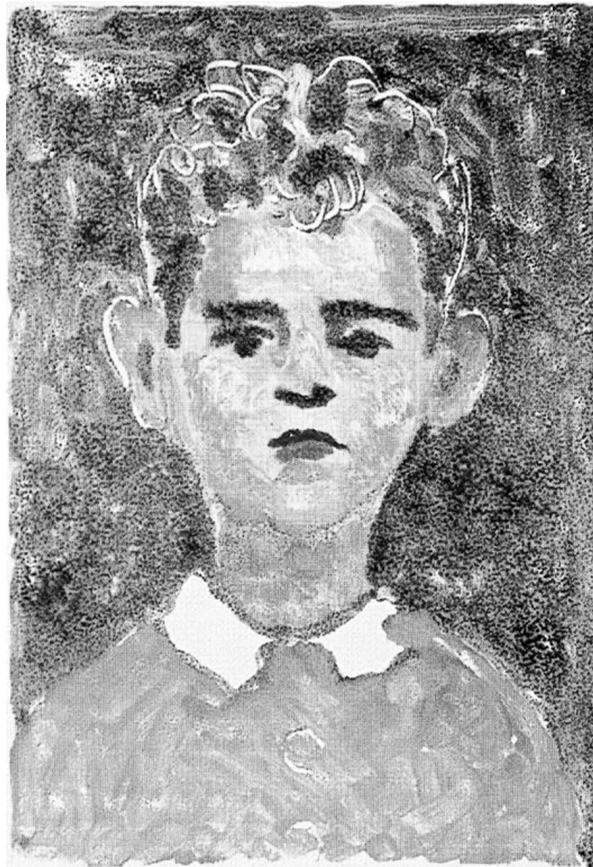
El primer ensayo del libro, que ganó el premio Banamex, reviste también mucha importancia para México. Considera la situación de quienes pierden su empleo. Cuando se trata de un trabajo formal, el despido debe dar lugar a una indemnización, cosa

que le confiere al recién desempleado cierto margen financiero para buscar una colocación nueva. Pero si alguien es un trabajador informal, que está empleado ilegalmente por la empresa, sin garantías –y esto sucede con ocho millones de trabajadores en México, aproximadamente, así que el tema no es menor–, y lo despiden la empresa, entonces sus búsquedas tienen que ser mucho más rápidas, puesto que carece del margen de protección legal. Pero no siempre el despedido formal consigue su colchoncito pecuniario de inmediato, y la indemnización tiene que dirimirse en la Junta (federal o local) de Conciliación y Arbitraje, y el alivio se obtiene hasta dieciocho meses después, reducido a 60% entre lo que se lleva el coyote y lo que la empresa conserva. Este libro ha encontrado que, en general, a los trabajadores que salen de la formalidad les cuesta más búsqueda y más tiempo reinsertarse en la formalidad que a quienes, salidos de la informalidad, logran ocuparse de nuevo en ella. Y en la mayoría de los casos, la retribución es para ambos precaria.

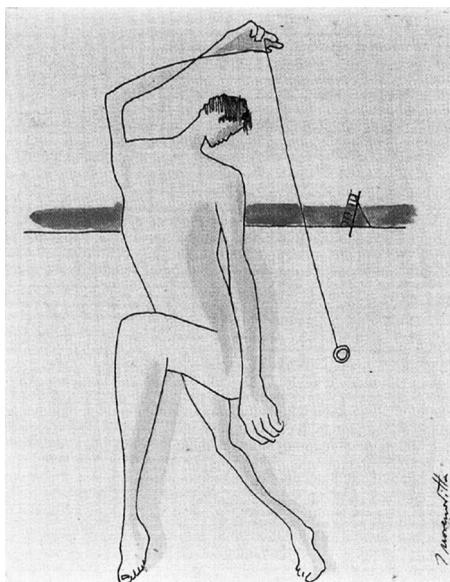
Con un hallazgo así, ¿por qué no empezamos a pensar en un seguro de desempleo como Dios manda? Los justificados recursos de la capacitación nueva

merecen acompañarse equilibradamente con otros destinados a eso: de tal modo, al día siguiente que despidan al trabajador, él (o ella, claro) comenzará a ver un flujo –moderado, desde luego– de recursos a su favor, y a favor de su familia. En su trabajo más reciente, Ángel Calderón-Madrid ha explorado esta hipótesis. Él dispone de muy buenos datos sobre lo que pasa en las Juntas de Conciliación, el tiempo tiene que esperar el trabajador para recibir su indemnización por despido, y eso representa una cuestión –y resonaría en una sugerencia, un paquete de ellas– de política pública que bien podría ayudar, y mucho, a mejorar las transiciones entre formalidad e informalidad que se están dando entre nosotros.

Esta investigación ha descubierto que las tasas de pasar del desempleo proveniente de la formalidad para insertarse en la informalidad dependen mucho, claro está (pero el estudio encuentra los números, la estadística, los géneros, las regiones, los giros), de la edad, y que para la gente de 45 años o más –44 años me parece que es el corte– es mucho más difícil emplearse formalmente, y sugiere entonces un reenfoque –y aquí está una de las ligas con el segundo ensayo– con programas de capacitación



José Moreno Villa, “Retrato de José”, 1940.



José Moreno Villa, "Hombre en la playa", 1932.

laboral que consideren los grupos de edad y la valiosa experiencia del trabajador.

Tengo un pequeño punto de desacuerdo con el autor respecto de la interpretación de los beneficios de la formalidad y la informalidad. En mi visión personal, los beneficios de la formalidad en México están exagerados en relación con su costo presente, porque en general las instituciones de seguridad social me parece que en México funcionan relativamente mal: el sistema de las Afores funciona de forma algo insatisfactoria por las comisiones, por el diseño; me atrevo a decir que el IMSS –y me atrevo a decirlo porque trabajé allí– es también una institución que funciona relativamente mal en términos de calidad del servicio, de lo que se está ofreciendo. Y mucho del valor de la formalidad depende de que le estamos asignando, en los modelos viejos, un premio al salario. Pero creo que ese premio al salario está sobreestimado, porque en realidad los beneficios de la formalidad, aun siendo positivos, son menos de lo que se cree. Y, además, en la bibliografía enfocada sobre la formalidad y la informalidad laboral suele suponerse que los beneficios de la informalidad son nulos, y eso no es cierto en México: aquí hay beneficios positivos de trabajar en la informalidad: calculo en números redondos, conservadoramente, que tenemos alrededor de 1.25% del PIB en programas paralelos de aseguramiento social para el sector informal, lo cual tiene algún valor, aunque sea econométricamente muy difícil encontrar esas valoraciones.

Incluso apostarí que en ciertas partes del país donde no hay infraestructura médica del IMSS –y la situación se da, por desgracia– y donde de casualidad sí hay infraestructura médica de servicio estatal, el beneficio

de la formalidad es muy exiguo y el de la informalidad puede ser más alto. No digo que ése sea el caso para todo México ni que sea el promedio, pero sí que eso vale en ciertas partes del país en donde tal cosa ha podido ocurrir, y sobre todo respecto de una persona joven para la cual la pensión del retiro es algo sumamente lejano, pero con una tasa de descuento salarial considerablemente alta.

Pero esto es una sutileza en comparación con la interpretación general, y sobre muchos particulares, de este libro. Sus resultados centrales son sólidos y muy importantes en relación con los malos tránsitos que estamos teniendo en nuestro mercado laboral. Y quiero concluir con la pregunta fundamental de política pública que apunté antes: con estos resultados, y con los más recientes de lo que ha estado trabajando Ángel Calderón-Madrid, en materia de las Juntas de Conciliación y Arbitraje y el funcionamiento de los pagos de indemnizaciones por despido, tal vez se podría ya, o pronto, hacer una propuesta más ambiciosa, un planteamiento de política pública en donde el mercado laboral pudiera funcionar de mucho mejor manera: si tuviéramos un seguro de desempleo más moderno, si nos olvidáramos de todo este tema de las indemnizaciones por despido y las Juntas, y complementáramos el segundo ensayo con un sistema de capacitación y reinserción laboral que hiciera que la gente tuviera muchos mejores búsquedas y encuentros para solicitar empleo (los llamados *matches*), que tuviéramos mucho más productividad y salarios más altos. ¿No sería ya tiempo?

Estos dos ensayos, el libro todo, concluyo, abren brecha para que en el país nos podamos hacer estas preguntas con seriedad, con resultados econométricos sólidos y con buenas bases de información para proponernos planes ambiciosos de urgente beneficio social.

Epitalamios

I

La hora de la boda

Llegas tarde, año viejo, no morirás,
aunque yacieras en tu lecho mortuorio.
Y si dentro de cinco días expirases,
aun así te rescata más poderoso fuego
que tu alma vieja, el Sol,
cuando más vasto círculo recorra.
El camino al oeste o al este se derretirá
y abrirá sus suaves fauces líquidas
a todas nuestras naves, para que pueda un arte prometeico
al polo norte transmitir el fuego
de estos llameantes ojos o de este amante corazón.

(trad. Martha Celis y Rodrigo Círiga)

The Time of the Marriage / Thou art repriv'd old yeare,
thou shalt not die, / Though upon thy death bed lye, / And
should'st within five days expire, / Yet thou art rescu'd by
a mightier fire, / Than thy old Soule, the Sunne, / When
he doth in his largest circle runne. / The passage of the
West or East would thaw, / And open wide their easie
liquid jawe / to all our ships, could a promethean art /
Either unto the Northerne Pole impart / the fire of these
inflaming eyes, or of this loving heart.

II

Afinidad de espíritus

Musa indecisa, ¿qué corazón, qué mirada,
de esta nueva pareja, favorecerás,
si del amado la mirada tan apasionada es
como la de la amada, y su corazón ama tanto como él?
Se tentarán por la belleza, y entonces,
el amado es doncella, no hombre.
Si del masculino valor se dejan tentar,
cuya opinión injusta desdeña, entonces la amada
se vuelve doncel. ¿Será el destino o la envidia del Arte,
lo que dividirá a estos dos, que la naturaleza no pudo se-
parar?
pues ambos tienen la mirada apasionada, y ambos el
amoroso corazón.

(trad. Adriana Sánchez)

Equality of Persons / But undiscerning Muse, which heart,
which eyes, / In this new couple, dost thou prize, / When
his eye as inflaming is / As hers, and her heart loves as well
as his? / Be tried by beauty, and then / The bridegroome
is a maid, and not a man. / If by that manly courage they
be tried, / Which scornes unjust opinion; then the bride
/ Becomes a man. Should chance or envies Art / Divide
these two, whom nature scarce did part? / Since both have
both th'enflaming eyes, and both the loving heart.



José Moreno Villa, "Autorretrato", 1924.

III

El llamado del esposo

Si bien pensarlos separados sería divorciarlos,
 pues uno solo son los dos,
 deja que te contemple;
 y primero, esposo alegre, primero déjame ver
 cómo evitaste al sol
 y dejaste atrás el polvo de sus caballos desbocados,
 cómo, tras descargar en el pecho de tu soberana
 todos tus negocios, para reinvertir
 al término de esta fiesta, tu arte fogoso
 le mostrarás a ella, quien a su vez compartirá
 el fuego de tus ojos ardientes y de tu amoroso corazón.

(trad. Lili Atala)

Raising of the Bridegroom / Though it be some
 divorce to thinke of you / Singly, son much one are you
 two, / Yet let me here contemplate thee, / First cheerful
 Bridegroom, and first let mee see, / How thou prevent'st
 the Sunne, / and his red foming horses dost outrunne, /
 how, having laid downe in thy Soveraignnes brest / All
 businesses, from thence to reinvest / Them, when these
 triumphs cease, thou forward art / To shew to her, who
 doth the like impart, / The fire of thy inflaming eyes, and
 of thy loving heart.

V

Ella vistiéndose

Así, tú a lo pedestre descendes,
 tú, que el sol en el mar vislumbrar puedes.
 También tú, cuando en seda y oro te envuelves;
 ya que nosotros, quienes contemplamos,
 somos polvo y gusanos, que sean de
 polvo y gusanos fruto nuestros bienes;
 Deja que cada joya sea estrella gloriosa,
 aunque las estrellas como sus halos no tan puras son.
 Aun te inclines, para parecernos doblegada,
 íntegra estás en aquella pintura, grabada
 por tus ardientes ojos en su amante corazón.

(trad. Emma Senties)

Her Apparrelling / Thus thou descend'st to our
 infirmitie, / Who can the Sun in water see. / Soe dost
 thou, when in silke and gold, / Thou cloudst thy selfe;
 since wee which doe behold, / Are dust, and wormes,
 'tis just / Our objects be the fruits of wormes and dust;
 / Let every Jewell be a glorious starre, / Yet stares are
 not so pure, as their spheares are. / And though thou
 stoope, to'appeare to us in part, / Still in that Pictures
 thou intirely art, / Which thy inflaming eyes have
 made within his loving heart.

VI

Rumbo a la capilla

Ahora desde su Oriente emanan y, nosotros,
cual hombres al atisbar tras el manto del ciprés
el sol nacer, bifurcado lo creemos;
entonces, mientras al templo van, así los pensamos;
pero una vez ese velo retirado
por los ritos divinos, en adelante, uno serán.
El poder celestial antes hizo esta unión
y nada terrenal ahora se le opondrá.
Luego, venerable Señor, que atestigüas en nombre de Dios,
imparte a estos dos, según tu voluntad,
todas las bendiciones, que ven y conciben, el ojo angelical
y el corazón.

(trad. Carmen Alejandra González Velázquez)

Going to the Chappel / Now from your Easts you issue
forth, and wee, / As men which through a Cipres see /
The rising sun, doe thinke it two, / Soe, as you goe to
Church, doe thinke of you, / But that vaile being gone, /
By the Church rites you are from thence forth one. / The
Church Triumphant made this match before, / And now
the Militant doth strive no more; / Then, reverend Priest,
who God Recorder art / Doe, from his dictates, to these
two impart / All blessings, which are seene, or thought, by
Angels eye or heart.

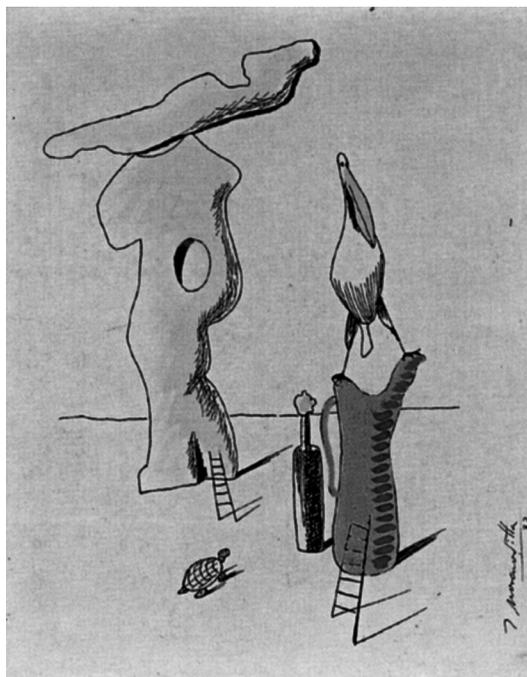
VII

La bendición

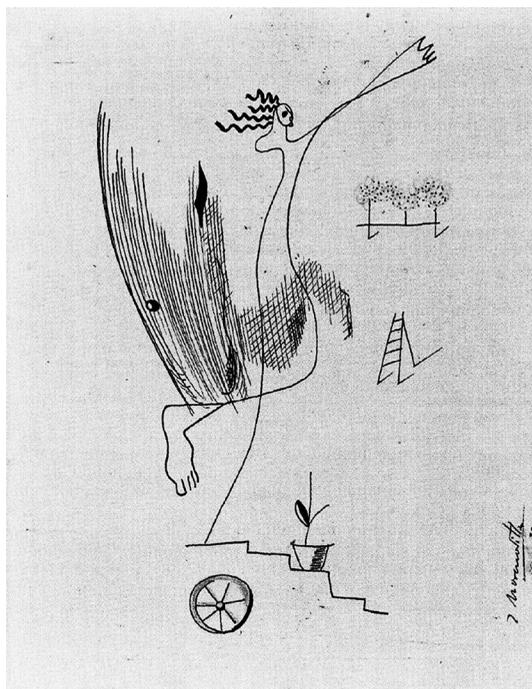
Bendita pareja de Cisnes, oh puedan ustedes brindarse
uno al otro
cada día nuevas alegrías y nunca lágrimas;
vivan, hasta que todas las raíces de los deseos expiren,
hasta que el honor, sí, hasta que la sabiduría crezca tan
lozana,
que, nuevas grandiosas alturas para anhelar,
sirvan a su ambición para morir;
crien herederos y que de aquí al fin del mundo vivan
herederos de este Rey, y tomen las gracias para dar,
Naturaleza y bendiciones sobre todo y todos.
Que nunca envejezcan, o que lo equivocado cruce,
en cualquier oeste estos ojos radiantes, o en cualquier
norte este corazón.

(trad. Claudia Ramírez)

The Benediction / Blest payre os Swans, Oh may you
interbring / Daily new joyes, and never sing; / Live, till
all grounds of wishes faile, / Till honor, yea till wisdom
grow so stale, / that, new great heights to trie, / It must
serve your ambition, to die; / Raise heires, and may here,
to the worlds end, live / Heires from this King, to take
thankes, you, to give, / Nature and grace doe all, and
nothing Art. / With any west, these radiant eyes, with any
North, his heart.



José Moreno Villa, "Piedras", 1932.



José Moreno Villa, "Dibujo 1", 1932.

VIII

Banquetes y fiestas

Pero hoy te sobran bendiciones. Hoy ya te agravia
 la jornada, a cuyo paso el tiempo se demora;
 corre el lamento por las mesas, cual si el convite,
 eco de diluvio, arrebatara aves y bestias.
 Y si llegara hoy la doctrina
 del andar de aquesta tierra, ya verdad lo hiciera
 al andar, cada ser en su sede, a danza y gozo.
 De la senda caen, lejos do otrora se han erguido.
 Ya seis horas ha que el sol su luz envió al descanso,
 máscaras y banquetes aún no han ofrecido
 ni crepúsculo a estos hastiados ojos, ni centro a este corazón.

(trad. Socorro Soberón)

Feasts and Revells / Bur you are over-blest. Plenty this day
 / Injures; it causeth time to stay; / The tables groane, as
 though this feast / Would, as the flood, destroy all fowle and
 beast. / And where the doctrine new / That the earth mov'd,
 this day would make it true; / For every part to dance and
 revell goes / They tread the ayre, and fal not where they
 rose. / Though six houres since, the Sunne to bed did part,
 / The masks and banquets will not yet impart / A sunset to
 these weary eyes, A Center to this heart.

IX

La amada al ir al lecho

¿Amada, qué pretendes permaneciendo en esta compañía?
 ¿Quedándote despierta cuando preferirías estar dormida?
 No puedes, recostada, hacer lo propio.
 Tú debes preparar para él el nuevo banquete,
 debes entretenerte y repetir
 las danzas de este día desde el principio.
 Sabe que si en verdad el Sol y la Luna
 despiertan juntos, no es así que se van a descansar;
 por tanto debes, amada hermosa, partir hacia el lecho.
 No vas mientras te vas; ahí donde estás,
 dejas en él los vigilantes ojos, con él tu amante corazón.

(trad. Martha Celis Mendoza)

The Brides going to bed / What mean'st thou Bride, this
 companie to keep? / To sit up, till thou faine wouldst
 sleep? / Thou maist not, when thou art laid, doe so. / Thy
 selfe must to him a new banquet grow, / And you must
 entertaime / And doe all this daies dances o'er againe. /
 Know that if Sun and Moone together doe / Rise in one
 point, they doe not set so too; / Therefore thou maist, faire
 Bride, to bed depart, / Thou art not gone, being gone;
 where e'r thou art, / Thou leav'st in him thy watchfull
 eyes, in him thy loving heart.

X

La llegada del amado

Acelera el paso, como aquel que ve una estrella caer
y en el lugar encuentra una medusa,
así el amado se precipita,
pues está dicho que esta estrella cae, y como tal la encuentra.

Así como los amigos pueden parecer extraños
por un aspecto nuevo o un cambio de atavíos,
sus almas, aunque ya ha tiempo se conocen,
estos atuendos, sus cuerpos, nunca han visto;
por eso, quizá al principio ella comience con pudor,
pero de inmediato debe entregar cada parte,
con tal libertad, como cada uno antes dio razón co-
razón.

(trad. Karla Sánchez)

The bridegroomes comming / As he that sees a starre fall,
runs apace, / And findes a gellies in the place, / So doth the
Bridegroom haste as much, / Being told this starre is falne,
and finds her such. / And as friends may looke strange,
/ By a new fashion, or apparells change, / Their soules,
though long acquainted they had beene, / These clothes,
their bodies, never yet had seene; / Therefore at first shee
modestly might start, / Bu must forthwith surrender
every part, / As freely, as each to each before, gave either
eye or heart.

XI

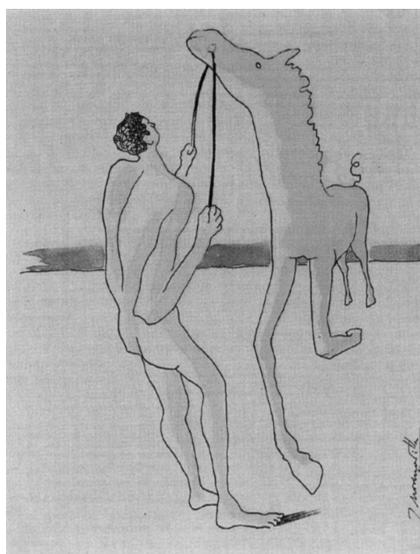
La buena noche

Ahora, como en la tumba de Tulia ardía una clara luz
inmutable por mil quinientos años,
las lámparas de amor que hoy consagramos,
igualen a la divina en tibieza, en luz, en permanencia.
El fuego siempre aspira
y hace todo cual él, todo convierte en fuego,
pero acaba en cenizas, que nada pueden hacer,
porque ninguna es combustible, sino fuego también.
Ésta es la hoguera de la dicha, luego, donde las fuertes Ar-
tes del amor
hacen de entes tan nobles
un solo fuego, de cuatro enardecidos ojos y dos amantes
corazones.

(trad. Rodrigo Círiga Jiménez)

The good-night / Now, as in Tullias tombe, one lampe
burnt cleare, / Unchang'd for fifteen hundred yeare, / May
these love-lamps we here enshrine, / In warmth, light,
lasting, equall the divine. / Fire ever doth aspire, / And
makes all like it selfe, turns all to fire, / But ends in ashes,
which these cannot doe, / For none of these is fuell, but
fire too. / This is joyes bonfire, then, where loves strong
Arts / Make of so noble individuall parts / One fire o
floure inflaming eyes, and of two loving hearts.

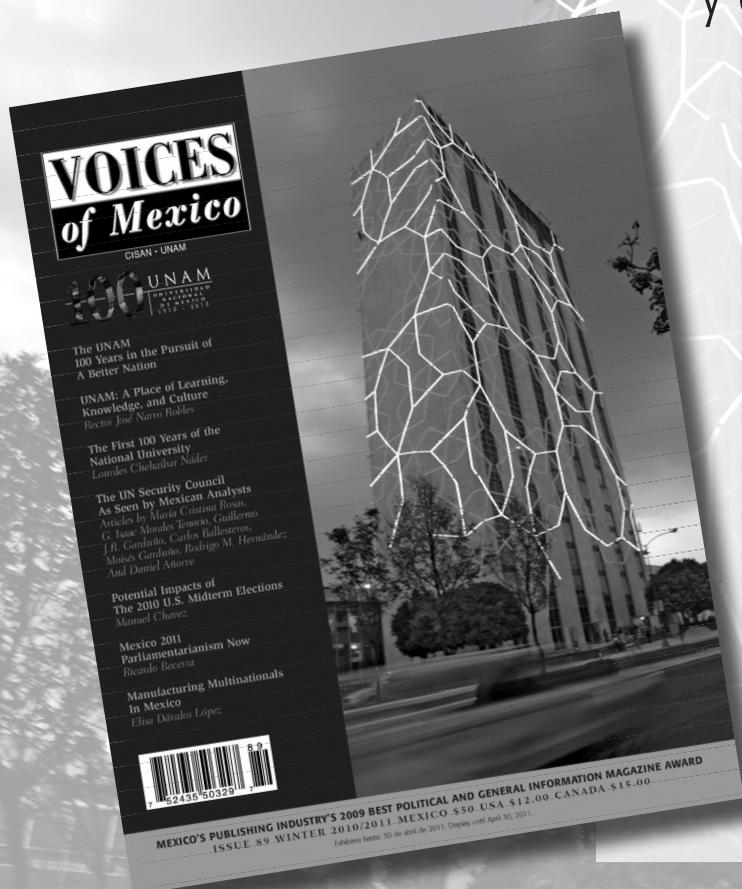
Curso de Técnicas de Investigación con la Doctora
Martha Elena Venier, Maestría en Traducción. 



José Moreno villa, "Hombre y caballo
en la playa", 1932.

VOICES *of Mexico*

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.



Suscripción anual

\$140.00 M.N Tres números/un año

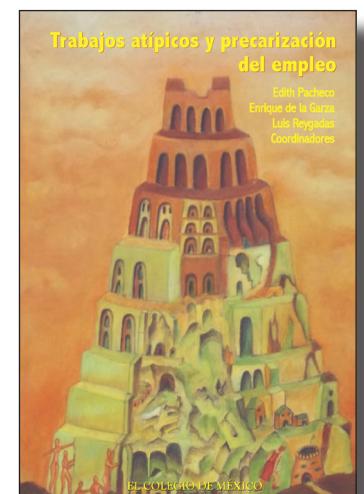
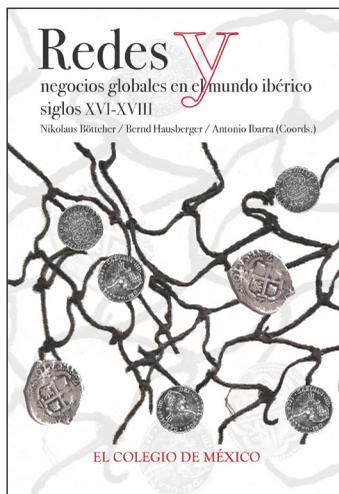
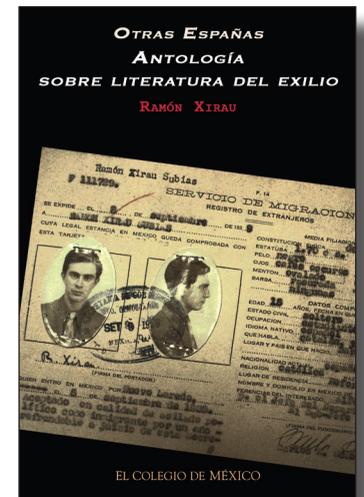
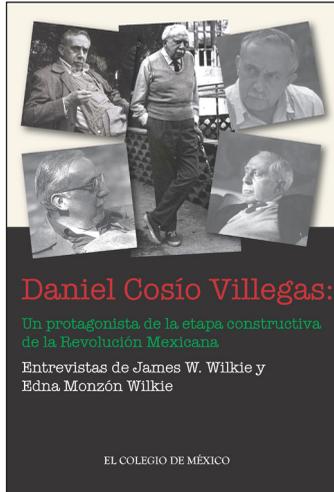
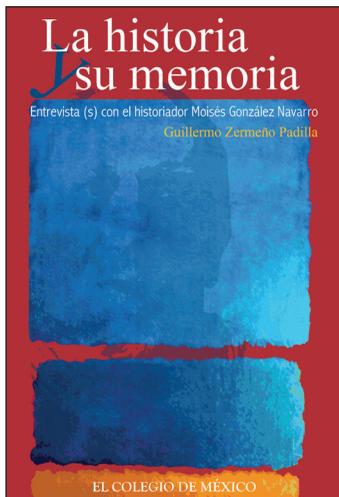
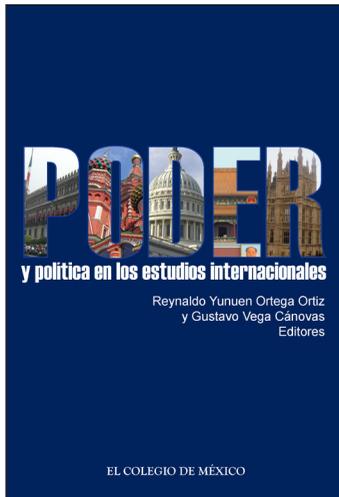
Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx